

VENENO EDICIONES

LA INSURRECCIÓN ANÁRQUICA DEL SIGLO XXI

ALFREDO MARÍA BONANNO
CONSTANTINO CAVALLERI
GUSTAVO RODRÍGUEZ
WOLFI LANDSTEICHER

MÉXICO 2013

La Insurrección Anárquica del Siglo XXI

Veneno Ediciones

Primera edición: Octubre 2013

Diseño: Heavy.

Impreso en México.

Printed in Mexico.

Se alienta la reproducción total o parcial de este libro.

Gratis para Presxs.

NINGÚN DERECHO RESERVADO

Se permite y se alienta la reproducción total o parcial de este libro.

Para recibir una copia física o digital ponerse en contacto con la editorial.

venenonegro@riseup.net

Índice

Palabras previas.....	5
A manera de prólogo.....	6
Afinidad y organización informal.....	10
Montaje (Los anarquistas molestan).....	15
A propósito de la Insurrección Anárquica	21
De Ser Anarquistas a Estar Anarquistas	31
Juguemos ferozmente: ¡Nuestras vidas están en juego!	43
Una crítica, no un programa: por una crítica no-primitivista contra la civilización.....	49

Palabras
Previas



Palabras previas

Para dar continuación a la labor editorial de *Veneno Ediciones* y proseguir con la difusión del anarquismo contemporáneo en la región mexicana, aquí te presentamos «**La insurrección anárquica del siglo XXI**», una selección de textos que decidimos editar a manera de compilación, con la intención de dar a conocer el pensamiento de un grupo de compañeros anarquistas que durante el mes de diciembre del año en curso participarán en las *Jornadas Informales Anárquicas* (Simposio Internacional) a celebrarse en la ciudad de México. La publicación de estos trabajos teóricos está concebida como una breve introducción a la perspectiva anárquica que será abordada durante la realización del Simposio.

Nuestro principal propósito es contribuir de manera consciente a la actualización teórico-práctica del anarquismo en la región, incentivando el debate, la crítica y la reflexión, encaminadas a impulsar el desarrollo del accionar anárquico en pleno siglo XXI. Porque entendemos al anarquismo como praxis y no como una ideología muerta destinada al estudio arqueológico y condenada a las mil y una interpretaciones de antropólogos e historiadores, consideramos urgentemente necesaria su actualización, para poder dar respuesta de manera contundente a las condiciones de opresión impuestas (sin mayores objeciones) por el sistema de dominación contemporáneo.

Para nosotr@s la Anarquía no es un sistema abstracto programado para realizarse en un futuro lejano ni, mucho menos, *la máxima expresión del Orden* que se concretará cuando estén dadas unas supuestas condiciones objetivas y subjetivas; para nosotr@s la Anarquía se concreta, aquí y ahora, desde nuestra individualidad y en la lucha colectiva, en la conflictividad permanente y en la ineludible negación de todo Poder.

¿Qué hacer? ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué es estar anarquista? ¿Cómo vivir la Anarquía? ¿Cómo podemos proyectar el ideal anárquico? ¿Qué papel juega el pensamiento y la acción anárquica en pleno siglo XXI? ¿Cómo debemos de organizarnos para confrontar la dominación contemporánea? ¿Debemos esperar por la concientización de los sectores adormecidos y el suicidio en masa de la servidumbre voluntaria para poner en práctica nuestra teoría? ¿La Anarquía es una tensión o una realización? ¿Es posible atacar al Poder aquí y ahora?

En los textos que siguen, podemos asegurarte que no encontraras todas las respuestas a las interrogantes antes mencionadas y probablemente, tampoco tendrán contestación muchas otras preguntas que eventualmente surgirán en el camino y, desde luego, no pretendemos darlas. Simplemente, mediante estas reflexiones, queremos generar aún más cuestionamientos para que por ti mismo o en la colectividad entre afines, comencemos a formular las necesarias respuestas, conscientes que éstas jamás serán definitivas y que siempre estarán al asecho de la crítica en la insomne búsqueda del constante desarrollo teórico-práctico del anarquismo contemporáneo. Esperamos que este nuevo aporte editorial contribuya en algo.

**Colectivo Editorial
México, D.F. septiembre 2013**

A manera de prólogo

«No es por casualidad que cuando se habla de los anarquistas italianos en el Estado español y en el resto de Europa —con particular acento en los denominados insurreccionalistas— no se piensa en otra cosa que no sean arrestos, cárceles, atracos y secuestros. A su alrededor, el vacío, ni ideas ni proyectos ni perspectivas; sólo la lucha ciega y feroz de cuatro gatos desgraciados contra los aparatos del Estado. Pues bien, esta es la imagen construida por obra y gracia de los mass-media, de los jueces y de muchos revolucionarios y ex- revolucionarios. Es una imagen reduccionista que niega muchos años de análisis y luchas, que niega infinidad de propuestas e intentos que numerosos compañeros han desarrollado, que niega, en el fondo, el peligro real que representa para el capital y el Estado la extensión de ciertas ideas, minimizadas en el juego de magistrados y periodistas a incoherentes gruñidos de locos visionarios.

No es fácil, sin embargo, sintetizar tantos años de discusiones y prácticas. De momento, porque no existen “los insurreccionalistas”, no existen áreas homogéneas y organizadas bajo este nombre. Lo que sí existe son muchos compañeros que —a pesar de miles de diferencias, incluso radicales— caracterizan su propio accionar sobre algunas tesis de base: la insurrección, la afinidad, el ataque, la informalidad y la crítica a la espera por el crecimiento cuantitativo.»

“Los hilos negros de la revuelta”.

Comunicado distribuido por compañeros italianos entre Septiembre y Octubre del año 1997.

Aunque el objetivo principal de la edición de esta selección de textos que aquí presentamos, en un principio, fue la difusión del pensamiento de sus autores —previo a las *Jornadas Informales Anárquicas* (Simposio Internacional), a realizarse los últimos días de diciembre del presente año en la ciudad de México—; finalmente, arribamos a la conclusión de que la importancia de esta publicación realmente radica en la perpetua propagación de las perspectivas ácratas; en la constante reactualización de su teoría y práctica; en la divulgación perenne de la negación anárquica. Y qué mejor que la publicación de los nuevos aportes al desarrollo del anarquismo insurreccional para concretar estos fines. Si pretendemos enfrentarnos al sistema de dominación contemporáneo es preciso armarnos de una teoría y de una práctica vivas. No podemos continuar empuñando viejas armas que ya no le atinan al enemigo de hoy.

Mucho se ha dicho y se ha escrito sobre lo que podríamos definir como anarquismo insurreccional, popularmente conocido como “*insurreccionalismo*”, pero, en realidad, muy pocas han sido las críticas objetivas —basadas en argumentos y planteamientos concretos— que se le han hecho a este conjunto de tesis desde pronunciamientos de claro signo anarquista. El grueso de la crítica (reduccionista y destructiva) ha tenido como remitente las sectas izquierdistas, al marxismo decimonónico, a la ideología obrerista y al pacifismo vil y éstas, se han formulado siempre en el mismo lenguaje del Estado-capital. Tampoco han faltado las críticas (igualmente reduccionistas y destructivas) que ha emitido el agonizante anarcosindicalismo y las estructuras ficticias del anarquismo de síntesis. Muy pocas han mostrado su disponibilidad a debatir estas tesis que ponen en tela de juicio tanto a las prácticas organizacionales trasnochadas como a los discursos caducos; prácticas y discursos que en nuestros días se revelan encaminados al fortalecimiento del sistema, en vez de promulgar la subversión y la confrontación. Pocos también son los alegatos que desde la práctica anárquica de praxis confrontan a este conjunto de tesis teórico-prácticas que se propone la aniquilación de

todo vestigio de autoridad. Sin embargo, es mucha la verborrea que se escucha por doquier, cargada de prejuicios y hasta de frustraciones personales, más centrada en el ataque a personas específicas –muchas de ellas en condiciones de cárcel– que en cuestionar de manera rigurosa una praxis que no está exenta de la crítica y el análisis sino que, contrariamente, se constituye a partir de la crítica y el análisis constante. Es por eso que consideramos necesario continuar propagando su praxis, porque lo que entendemos como teoría y práctica anárquica no es algo inamovible que se mantiene estático en un remoto momento de elaboración y práctica, no es una voluminosa biblia escrita por algún iluminado hace más de un siglo que se debe mantener inmaculada, sin quitar ni agregar una palabra, conservándola intacta para siempre. Nosotros concebimos la teoría y la práctica anárquica como algo vivo, por lo tanto, criticable, modificable, transformable, actualizable, en pro de su desarrollo y de su proyección, capaz de dar respuesta a las actuales condiciones de dominación.

También debemos de reconocer, lamentablemente, que dentro de nuestra tendencia, entre los propios compañeros de afinidad y complicidad, existe una evidente confusión respecto a las tesis que apuntalan la nueva insurrección anárquica; reproduciendo modelos, siglas, eslogan, discursos y acciones completamente alejadas de las elaboraciones y las prácticas de la insurrección anárquica. Sin embargo, es común ver como afirman estar desarrollando una pretendida *guerra social* que –al menos en México– es inexistente, o bien, dicen conformar una realidad «insurreccional» igualmente ficticia, pues como bien señalan los compañeros italianos en **Los hilos negros de la revuelta**: «*Lo que sí existe son muchos compañer@s que —a pesar de miles de diferencias, incluso radicales— caracterizan su propio accionar sobre algunas tesis de base: la insurrección, la afinidad, el ataque, la informalidad y la crítica a la espera por el crecimiento cuantitativo*». Lo más curioso, es la extraña conexión que se ha creado (o intentado crear) entre algunos de los planteamientos teóricos que los autores aquí incluidos han desarrollado a partir de la práctica durante años y, algunas reivindicaciones de ataques contra símbolos del poder económico, político y social, cuando realmente han sido perpetrados por grupos e individuos ajenos a las concepciones del anarquismo insurreccionalista, no sólo de lo que se ha dado a conocer como “*nuevo insurreccioanlismo*” sino, incluso, ajenos a lo que muchos llamamos insurreccionalismo “*clásico*”.

Los textos que integran esta edición, presentan una gran diversidad de planteamientos en torno al insurreccionalismo anárquico desde perspectivas muy variadas pero indiscutiblemente conservan esos hilos negros, es decir, mantienen los mismos principios base y persiguen objetivos comunes: la inmediata confrontación y la necesidad de destrucción de todo lo existente. Desde el trabajo del compañero Constantino Cavalleri, «*Proyección anarquista en la época posindustrial*»; hasta el ensayo de Wolfi Landstreicher, «*Crítica, no un programa: por una crítica no-primitivista contra la civilización*»; pasando por las reflexiones de Alfredo Bonanno y Gustavo Rodríguez, la intención es la misma: armarnos de un análisis que nos permita comprender la sociedad actual y, al mismo tiempo, definir la práctica del anarquismo contemporáneo, entendiéndose por “práctica” los problemas de la ética, la metodología y la organización, en busca de una forma de lucha real e incisiva contra una sociedad y un sistema de dominación que muestra características profundamente diferentes a las de aquel lejano ayer que motivó a los compañeros de entonces a crear las condiciones de la

lucha anárquica en su correspondiente contexto.

Las elaboraciones aquí reunidas no niegan la presencia de la explotación, la represión y la opresión en el marco de la realidad actual, mucho menos nos indican que estos males hayan desaparecido, más bien, nos develan las enormes transformaciones que ha tenido el sistema de dominación, llegando a hacer aceptables todos estos males; transformándose hasta los Estados más despóticos en Estados proveedores de “bienestar social”, desactivando –mediante la asimilación y la recuperación– toda forma de contestación y convirtiéndola en demandas inofensivas y peticiones ingenuas. Hoy la represión se nos muestra cada vez más amigable, nos extiende la mano y nos enseña a amarla. Los cientos de cámaras de vigilancia a lo largo de todas las ciudades son la mejor muestra del uso de la tecnología como método de control social, sin embargo, la ciudadanía acepta estas técnicas de opresión complacientemente, mientras alimenta la ilusión de sentirse protegido de la delincuencia que el propio sistema de dominación ha creado mediante las necesidades y la carencia de calidad en las condiciones de vida de los excluidos. Paralelamente, el sistema intenta etiquetar –con el consenso de la sociedad– bajo el rótulo de “delincuencia” la lucha frontal contra el Estado- capital. Así vemos como muchos sectores progresistas y alternativos, ante confrontaciones concretas que ponen en jaque al sistema de dominación, demandan de las autoridades más mano dura contra quienes rompen el orden y amenazan la paz social, contra todos los que no desean vivir esta vida de miseria llena de mercancías y carente de libertad.

Esperamos que estos textos sirvan para motivar el debate, el estudio, el análisis y, desde luego, también la crítica, porque sólo la crítica puede brindarnos las armas necesarias para continuar desarrollando la teoría y la práctica del anarquismo insurreccional en tiempo presente y concretar la proyección anarquista.

Mario López Hernández.

México, D.F., Agosto 2013



Alfredo
María
Bonanno.

Alfredo María Bonanno, Constantino Cavalleri, Gustavo Rodríguez, Wolfi Landstreicher.

Afinidad y organización informal

Entre los compañeros anarquistas existe una posición ambivalente frente al problema de la organización. A ambos extremos de esta postura se colocan, por un lado, la aceptación de la estructura permanente, dotada de un programa bien delineado, con medios a su disposición (aunque sean pocos) y subdividida en comisiones y; del otro, el rechazo a toda relación o estructura estable, incluso a corto plazo, aunque sea por un breve período de tiempo. La federación anarquista clásica (a la antigua y nueva usanza) y los individualistas, constituyen los extremos de un posicionamiento que, a todas luces, busca evitar la realidad del enfrentamiento.

El compañero adherido a la estructura organizativa permanente espera que del crecimiento cuantitativo surja una transformación revolucionaria de la realidad y se concede la pobre ilusión de creerse capaz de controlar cualquier involución autoritaria de la estructura y cualquier concesión a la lógica del partido. El compañero individualista, celoso de su Yo, teme a toda forma de contaminación, a cualquier concesión a los demás, a cualquier colaboración activa, considerando estas posturas como anuencias y compromisos. De igual forma, muchos compañeros que enfrentan críticamente el problema de la organización anarquista y que, paralelamente, rechazan el aislamiento individualista, sólo logran abordar estas cuestiones en los términos de organización clásica, incapaces de concebir nuevas formas alternativas de relacionarse. El grupo de base se identifica como elemento imprescindible de la organización específica y, la federación entre grupos –sobre la base de una clarificación ideológica– se vuelve su consecuencia natural.

De esta forma, la organización nace antes que las luchas y acaba por adecuarse a la perspectiva de cierto tipo de lucha que —al menos se supone— haga crecer a la organización misma. De tal manera, la estructura se constituye en una forma sustituta en relación a las decisiones operativas del Poder, el cual por múltiples razones domina sobre el escenario del choque de clase. Así, la resistencia y la auto organización de los oprimidos, son vistas como elementos moleculares, que pueden apreciarse por aquí o por allá pero que sólo serán significativas cuando pasen a formar parte de la estructura específica o se dejen condicionar dentro de organismos de masa bajo la dirección (más o menos declarada) de la estructura específica.

De este modo, permanecemos siempre en posición de espera. Todos quedamos como si estuviéramos en libertad condicional. Observamos los comportamientos del Poder y nos mantenemos preparados para reaccionar (sin salirnos de los límites de lo posible) ante la represión que nos golpea. Casi nunca tomamos la iniciativa ni ponemos en marcha intervenciones en primera persona ni invertimos la lógica de la derrota. Quien se reconoce en las organizaciones estructuradas *espera* un improbable crecimiento cuantitativo. Quien trabaja

dentro de las estructuras de masas (por ejemplo, desde la óptica anarcosindicalista) *espera* que los pequeños resultados defensivos de hoy se traduzcan en el gran resultado revolucionario de mañana. Pero quien niega todo esto igualmente *espera*, no sabe bien a qué, a menudo atrapado en el hastío, preso de un rencor contra todos y contra todo, seguro de sus ideas sin percatarse de que su actitud no es más que la absurda consecuencia negativa de las tesis organizativas y programáticas de los otros.

Nos parece, en cambio, que hay cosas mucho más importantes que hacer. Comencemos primero por tener en cuenta que es necesario establecer contacto con otros compañeros para poder pasar a la acción. Solos no estamos en condiciones de actuar, salvo reduciendo la acción a una protesta platónica, todo lo cruenta y terrible que se quiera, pero siempre platónica. Si se busca actuar de manera incisiva sobre la realidad es ineludible que seamos muchos. Pero ¿Sobre qué bases podemos ponernos de acuerdo con otros compañeros? Descartando a priori la hipótesis de los Programas y las plataformas, redactados de una vez y para siempre ¿qué nos queda? Nos queda la **afinidad**.

Entre los compañeros anarquistas existen afinidades y diferencias. Naturalmente, aquí no me estoy refiriendo a las afinidades de carácter personal, es decir, aquellos aspectos que involucran los sentimientos y que a menudo unen a los compañeros entre sí (en primer lugar, el amor, la amistad, la simpatía, etcétera). Me refiero a **la profundización del conocimiento recíproco**. Mientras más crece este conocimiento recíproco, mayor será la afinidad; en caso contrario, las divergencias pueden llegar a ser tan evidentes que, generalmente, imposibilitan cualquier acción común. Por lo tanto, la solución sigue siendo el conocimiento común cada vez más profundo, que se desarrollará a través de la profundización de los diferentes problemas sociales que la realidad de las luchas de nos coloca delante. Existe todo un abanico de problemas que, en general, no es desplegado en su totalidad ni analizado en su complejidad. A menudo nos limitamos a los problemas más cercanos porque son los que nos tocan más (en primer lugar, la represión, la cárcel, etcétera). Pero es precisamente en nuestra capacidad de abrir el abanico de problemas sociales donde radica el medio más idóneo para establecer las condiciones de afinidad común, que, claramente, no va a poder ser absoluta o total (salvo rarísimas excepciones) pero será suficiente para asentar las relaciones apropiadas que nos permitan pasar a la acción. Si reducimos nuestra actividad a unos pocos problemas que consideramos inmediatos y esenciales, no tendremos nunca la posibilidad de descubrir y desarrollar las afinidades que nos interesan y vagaremos siempre a merced de contradicciones repentinas e inesperadas capaces de trastornar cualquier proyecto de intervención en la realidad.

Insisto en subrayar que no podemos confundir afinidad con sentimiento. Puede haber compañeros con los cuales nos reconocemos afines pero que no nos resultan muy simpáticos y, viceversa, habrá compañeros con los que no tenemos la menor afinidad y, sin embargo, gozan de nuestra simpatía por motivos varios. Es necesario, además, no dejarnos obstaculizar en la propia acción por falsos problemas, como, por ejemplo, el de la supuesta diferencia entre sentimientos y motivaciones políticas. Por todo lo antes dicho antes podría deducirse que los sentimientos son algo que habría que mantener separados de los análisis políticos, por lo que

podríamos, por ejemplo, amar a una persona que no comparte de hecho nuestras ideas y viceversa. Esto, en líneas generales, puede ser posible, por muy desgarrador que nos parezca. Sin embargo, en el concepto de profundización del abanico de problemas –concepto antes mencionado–, debe estar incluido también el aspecto personal (o, si se prefiere, sentimental), ya que este sentimiento subyace de manera instintiva en nuestras pulsiones y, a menudo, consiste en una ausencia de reflexión y análisis, no pudiendo aceptar, simplemente, el ser dominado por Dios. De todo lo planteado emerge —aunque sea de manera nebulosa— una primera aproximación a nuestro modo de entender la organización informal: un conjunto de compañeros nucleados en base a la afinidad común.

Mientras más amplia sea la gama de problemas que estos compañeros afronten juntos, mayor será su afinidad. Como consecuencia, **la organización real**, la capacidad efectiva (y no ficticia) de actuar juntos, es decir, de encontrarse, de estudiar con profundidad analítica y de pasar a la acción, radica en la afinidad alcanzada y no tiene nada que ver con las siglas, los programas, las plataformas, las banderas y los partidos más o menos camuflados. **La organización informal anarquista es, por tanto, una organización específica que se genera en torno a la afinidad.** Esto no puede generarse de manera idéntica en todos los casos, pero los compañeros seguramente encontrarán infinitos matices de afinidad y los irán desarrollando; mientras más diversos sean estos matices de afinidad, más amplio será el esfuerzo de profundización analítica que se haya alcanzado. Consecuentemente, la articulación de este conjunto de compañeros desarrollará una natural tendencia al crecimiento cuantitativo, pero limitado y sin constituirse en la única finalidad de su actividad. El desarrollo numérico es indispensable para la acción y también es la mejor prueba del nivel de análisis que se está desarrollando y de la capacidad de identificar poco a poco afinidades con un mayor número de compañeros. Por consiguiente, este organismo recién creado acabará dotándose de medios comunes de intervención. En primer lugar, será necesario implementar un instrumento de debate que aporte al desarrollo de la profundización analítica, capaz —en lo posible— de proporcionar observaciones en torno a un vastísimo abanico de problemas y que, al mismo tiempo, se constituya en un punto de referencia que nos permita verificar —a nivel personal o en pequeños grupos— las afinidades o diferencias que se presentaran poco a poco.

Desde esta óptica, resulta desalentador dar vida a estructuras permanentes para afrontar problemas específicos. Estos problemas siempre deben ser avistados a través del nivel integral alcanzado por el análisis y afrontados mediante intervenciones precisas con un objetivo a lograr, circunscrito a las posibilidades y no vagamente dimensionado sobre la amplitud del problema a encarar. Lógicamente, durante estas intervenciones específicas podrán también constituirse estructuras pero únicamente con la intención de implicar a los explotados en su conjunto y no como elemento destinado al crecimiento del movimiento específico. De lo contrario, volvemos a caer en la perspectiva del peregrino en busca de refugio. Por último, hay que señalar que el elemento que hace posible y aglutina la organización informal es, sin dudas, la afinidad, pero su talante motriz es la acción.

Si nos limitamos a desarrollar el primer elemento y minimizamos el segundo aspecto, todos nuestros esfuerzos se extravían en el perfeccionamiento bizantino de quienes no tienen

nada mejor que hacer que ocultar su voluntad de no hacer nada.

Los problemas que aquí hemos esbozados, particularmente, los relacionados a la organización informal anarquista, merecen la profundización y el debate, al que invitamos a todos los compañeros interesados.

Alfredo María Bonanno

(Este texto fue originalmente publicado en *Anarchismo* número 45, marzo de 1985, pp. 12-14.)



Alfredo
María
Bonanno.

Montaje (Los anarquistas molestan)

Los anarquistas son enemigos declarados del Estado y de todas las realizaciones institucionales concretas de las que éste se dota para controlar y reprimir. Esta declaración de principio, aún en su carácter abstracto, es una de las características esenciales del anarquismo y nunca ha sido puesta en duda.

El Estado sabe perfectamente que los anarquistas son sus enemigos irreductibles, los que, con más o menos eficacia, lo combatirán hasta el final. Pero sabe también que, justamente por esta posición de total y radical enemistad, los anarquistas no pueden encontrar aliados en su lucha contra el Estado, salvo en la participación espontánea de individuos deseosos de transformar las condiciones de opresión en las cuales vivimos todos.

Lejanos de cualquier juego de poder, diamantes en su cristalina pureza de ideas, los anarquistas han representado desde siempre la espina clavada en todo Estado, desde el despótico al democrático, de aquí la particular atención que los órganos de policía de cualquier tipo han mantenido sobre ellos.

Y ya que policía y magistratura saben bien que los anarquistas, aunque ajenos a toda búsqueda de alianzas políticas, logran encender las simpatías de los que no se han vendido definitivamente, ahí los tienen recurriendo a todos los medios para tratar de implicarles en acciones que, a menudo, no pueden ser obra de ellos, no tanto por cuestiones de forma sino por elección de fondo, por motivación de principios.

Los anarquistas están al lado de quien sufre la opresión, a menudo sin saber cómo reaccionar y, esto lo saben todos. Su cercanía es a veces ideal, pero otras tantas veces, ofrece la mano para el ataque contra los intereses de los dominadores. El sabotaje constituye un ejemplo fácil de repetir, especialmente cuando se realiza a través de medios simples y por lo tanto, al alcance de todos. Esto molesta.

Los anarquistas tiene el olfato afilado para detectar los lugares donde las realizaciones de dominio se muestran apenas visibles y ahí golpean. Su modo de proceder es fácilmente reconocible porque está destinado a ser reproducido de la manera más amplia posible. No tienen la pretensión de destacarse como los corazones sensibles frente al Estado o de arrogarse la competencia de golpearlos. Esto molesta.

Los anarquistas no aceptan “subvenciones” y/o apoyos, encuentran por sí solos los medios necesarios para su lucha. Normalmente, recurriendo a la ayuda de los propios compañeros, con aportaciones o solidaridades similares. No aman prostituirse. Por eso no poseen el sagrado respeto por la propiedad de los ricos. Cuando alguno de ellos, a título personal, porque así lo ha decidido, llama a la puerta de cualquier banco, si algo sale mal, está dispuesto a pagar las consecuencias. Vivir libre tiene su costo. Esto molesta.

Pero hay algunas cosas que no están dispuestos a hacer. No están dispuestos a asesinar a la gente indiscriminadamente, como hacen los Estados en las guerras y durante los períodos de la llamada “*paz social*”. No aceptarían nunca la idea de realizar una masacre indiscriminada.

De igual manera, los anarquistas están contra la cárcel, contra cualquier tipo de cárcel, incluida la que los secuestradores infligen a sus secuestrados durante la espera a que se decidan a pagar la suma solicitada como rescate. Encerrar bajo llave a un ser humano es una práctica envilecedora.

Otra cosa que los anarquistas rechazan es la estructura armada jerárquica, dotada de organigrama, de reglas de funcionamiento, de proyecto político y todo lo demás. Lo que el lenguaje común define como “*banda armada*” está a años luz de la idea que los anarquistas tienen de la confrontación con el Estado, confrontación que si alguna vez puede llegar a ser violenta, y por lo tanto armada, jamás estará establecida sobre cánones rígidos que, en definitiva, son la resultante que se obtiene a partir de la imagen inversa de la misma estructura que se quiere combatir.

Todas los montajes que en los últimos diez años se han construido contra los anarquistas han seguido dos directrices: de una parte, los órganos del Estado han tenido presente la extrema peligrosidad de un modelo de vida y acción que, si apenas se viese generalizado o fuese conocido de manera adecuada, podría desbaratar la sociedad de los adormecidos y los conformistas; por otra, han tratado de señalar a los anarquistas como los responsables de masacres, de secuestros, de *banda armada*: propiamente, lo que los anarquistas no pueden decidir realizar.

Pero ¿por qué el Estado trata de “usar” a los anarquistas?

Porque con su elección de manifestarse contrarios a cualquier compromiso y a cualquier complicidad política con los actuales o los futuros dominadores, se prestan como sujetos ideales para ser utilizados en este sentido.

¿Dónde encontrarán quien les defienda? ¿Quién se arriesgará por su causa?

Ninguna persona de bien podría hacerlo y, propiamente por esto, para mantener para sí a las personas de bien, es por lo que el Estado controla, roba, masacra y hace todo lo demás.

El Estado podría contentarse metiendo a la cárcel a los anarquistas simplemente acusándoles de comportamiento antisocial, de profesar una doctrina peligrosa, de vilipendiar a los órganos institucionales, de apología de delitos varios, de incitación a la revuelta. Decenas y decenas, por no decir centenares, de procesos de este tipo se han realizado y nunca han logrado condenas serias: de pocos meses a algún año.

Pero los anarquistas quebrantan la quietud dorada de los bien pensantes, pueden constituir la pequeña llama que inicie el incendio y, con los tiempos que corren, es necesario tener una estrategia adecuada para ponerlos completamente fuera de juego.

Es así que sale a relucir un señor, Antonio Marini, procurador sustituto de Roma. Un señor de colmillos afilados y cerebro fértil para inventar historias. Tiene a sus espaldas la experiencia de procesos como el del caso Moro¹ o el atentado al Papa; por lo tanto, no existe persona más idónea que él, para tales menesteres: nunca jamás podría llegar a entender como razonan los anarquistas y de qué cosas —hablando en términos legales— son constantemente responsables.

Así es como el honorable Marini se coloca en la órbita de sus ilustres predecesores y construye su teorema: *los anarquistas son responsables de las miles de acciones contra el Estado y contra sus tentáculos económicos que se han producido en los últimos años en todo el territorio nacional*. Sin embargo, su teorema hace agua. ¿Cómo se puede demostrar que unos cuantos anarquistas hayan derribado centenares de torres eléctricas o incendiado las filiales *Standa* del señor Berlusconi? No se puede. Es necesario por lo tanto ubicarlos en el vértice de otro tipo de hechos más graves: masacres, no es que haya demasiadas a la mano —en el futuro quién sabe, ya veremos—, pero hay secuestros. Se les puede atribuir el hecho, verdaderamente desconcertante, de haber participado en todos los secuestros más importantes de los últimos años. Qué importa que muchísimos anarquistas estén contra cualquier forma de prisión; esto el señor Marini lo ignora. Elaborado el teorema y, conducido por el corolario de la *banda armada*, se encuentra además a una joven que sostiene conocer a los anarquistas, de conocerles bien, de haber hecho, incluso, un atraco con algunos de ellos. El resto vendrá por sí solo.

Adelante señores, estamos en la enésima representación.

¹ **N de E:** En horas de la mañana del 9 de mayo de 1978, fue descubierto por la policía el cadáver de Aldo Moro, presidente del partido demócrata-cristiano (DC) italiano, después de 55 días de secuestro a manos del partido leninista Brigadas Rojas (BR). Había sido ejecutado de 11 balazos y abandonado al interior de un auto estacionado en pleno centro de Roma en las inmediaciones de las sedes de la Democracia Cristiana (DC) y del Partido Comunista Italiano (PCI) —los dos principales partidos del país por esas fechas y los más tenaces defensores de no negociar con los grupos armados. Más allá de la reivindicación de los autores materiales (las Brigadas Rojas), la duda sobre la posible existencia de un montaje que implica a los servicios secretos, al *Servizio Informazioni Difesa* (SID), a la Red Gladio o a la logia *Propaganda Due* (P-2), continúa sin esclarecerse. El 16 de marzo de 1978, la ciudad de Roma fue testigo de una cronometrada y espectacular acción perpetrada a plena luz del día por un comando armado de una decena de hombres, varios de ellos uniformados con los atuendos de la compañía *Alitalia*. El operativo a penas duró tres minutos, ametrallaron a los guardaespaldas y al chofer y capturaron a Moro, huyendo inmediatamente de la escena en un automóvil. La precisión de la operación generó sospechas. Era inverosímil que un grupo de guerrilla urbana con escasa preparación militar hubiera eliminado a los cinco acompañantes sin provocarle ninguna herida a Moro y que, de los 91 disparos efectuados, 49 provinieran de un mismo atacante. Estas incongruencias, generaron la tesis de que entre los integrantes del comando se encontraban miembros de la mafia calabresa vinculada a los servicios secretos. Algunos de los testimonios recogidos afirman haber escuchado como se gritaban órdenes militares durante la acción, además de haber sido identificado un militar adscripto al servicio secreto italiano, transitando sobre la vía Mario Fani, a pocos metros del lugar de los hechos (quien después declaró haber ido a visitar a un amigo). Otro elementó que alimentó las conjeturas fue la imprevista interrupción de las líneas telefónicas en el área del ataque, lo que ocasionó que el primer llamado de emergencia se registrara cinco minutos después del secuestro.

En su tiempo, fueron las bombas de la Feria de Muestras de Milán². Algunos compañeros de Milán serán acusados de intento de masacre y encerrados en la cárcel durante casi un año. Durante el proceso todo se desinfla: Montaje.

Después vendría la masacre de Plaza Fontana³, con decenas de muertos. Los anarquistas serían nuevamente los responsables. El asesinato de Pinelli, arrojado al vacío desde la ventana de la comisaría de Milán. Hoy la misma magistratura, después de casi un cuarto de siglo, ha tenido que admitir que quienes pusieron las bombas fueron los servicios secretos del Estado democrático italiano: Montaje.

² El 25 de abril de 1969 (día de Fiesta Nacional), explotarían dos potentes bombas en Milán, una en la estación central de ferrocarril y, la otra, en el pabellón de la *FIAT* durante la Feria de Comercio. Estos atentados pondrían tras las rejas a algunos compañeros anarquistas que no serán excarcelados hasta junio de 1971, acusados de haber perpetrado tales atentados. Sin embargo, los ataques continuarían: en agosto de 1969 varias explosiones fueron provocadas en ocho trenes a lo largo y ancho de Italia; el 12 de diciembre de ese mismo año, se perpetrarán con sólo minutos de diferencia cinco atentados incluyendo el de Plaza Fontana. En la madrugada del 8 de diciembre de 1970 un ex comandante fascista efectúa un golpe de Estado que, sospechosamente, aborta en su fase concluyente pero los atentados “inexplicables” continuarían su curso (31 de mayo de 1972: atentado de Peteano en Gorizia; 17 de mayo de 1973: atentado de la Questura en Milán; 28 de mayo de 1974: atentado de Piazza della Loggia en Brescia; 4 de agosto de 1974: atentado en el tren expreso Roma-Brennero “*Italicus*”; 16 de marzo de 1978: secuestro de Aldo Moro y ejecución de cinco de sus acompañante; 2 de agosto de 1980: la matanza de Bolonia; etc.). Los bombazos de Milán, serían el comienzo de la denominada “*strategia della tensione*” (estrategia de tensión), una maniobra terrorista de Estado que llegaría hasta finales de la década del 80, contabilizando más de mil ataques protagonizados por una difusa red de actores ocultos vinculados a la Red Gladio, a la CIA, al grupo neofascista Ordine Nuovo (Nuevo Orden) y a los partidos ultra derechistas electoreros en un intento por sembrar el terror en la opinión pública, para evitar el avance electoral del Partido Comunista de Italia (PCI). Lo realmente espeluznante durante el desarrollo de la “estrategia de tensión”, eran las coincidencias tácticas, en el marco de la “Guerra Fría”, entre el Este y el Oeste; una vez más, los pretendidos archienemigos (fascistas y leninistas) se daban la lengua para asegurar el fin del llamado “eurocomunismo” fraguado en el abandono del modelo soviético. *Brigadas Rojas* y *Nuevo Orden*, consciente o inconscientemente, compartirían agenda.

³ El 12 de diciembre de 1969, a las 16:37 (hora local), se registraría la explosión de una potente bomba en las oficinas centrales de la *Banca Nazionale dell'Agricoltura*, ubicada en la Plaza Fontana, en la ciudad de Milán. Causando la muerte a 17 personas y resultando heridas 88. Esa misma mañana, con minutos de diferencia, explotaron otros tres artefactos en Roma y Milán y otro más fue localizado sin detonar. Este atentado registraría el nacimiento de las autodenominadas Brigadas Rojas (*Brigate Rosse*), partido armado de orientación leninista que operaría como guerrilla urbana en Italia hasta 1987, bajo las ordenes de Renato Curcio. (A manera de paréntesis vale destacar que después de 1987, continuarían las acciones reivindicadas por núcleos aislados que se reconocen como integrantes de las Brigadas Rojas hasta la década del 2000). Inicialmente, el atentado de Piazza Fontana sería atribuido a los anarquistas. Tras el arresto de 80 compañeros en uno de los mayores montajes policíacos contra los anarquistas italianos, Giuseppe Pinelli (Pino), sería señalado como “principal sospechoso”. Evidentemente, el único delito de Pino era ser anarquista y haberse destacado por su solidaridad con los compañeros detenidos acusados por los bombazos de la estación central y la Feria de Comercio. Tres días después de su arresto el cuerpo de “Pino” fue arrojado por la ventana de la oficina política en el cuarto piso de la comisaría. Era el fin de una vida y el inicio de una trágica farsa todavía vigente. La muerte de Pinelli en circunstancias tan “extrañas” serviría de inspiración al escritor y dramaturgo Daria Fo para su obra “*Muerte accidental de un anarquista*”. Recientes indagaciones sobre los hechos, señalan de nueva cuenta una siniestra conspiración entre los servicios secretos italianos vinculados a grupos neofascistas, a la OTAN y a la CIA (enlazados a través de la denominada Red Gladio) y a “operaciones de bandera falsa” con el objetivo de incriminar a grupos e individualidades anarquistas.

En 1980, se producen decenas de detenciones de anarquistas en toda Italia, acusados de atracos, de *banda armata* e insurrección contra el Estado. El proceso no supera tan siquiera la fase instructora: Montaje.

De 1984 a 1988, se producen al menos cuatro tentativas de implicar a los anarquistas en los hechos relacionados con los sabotajes a los torres de alta tensión a lo largo de casi todo el territorio italiano. A pesar de los diversos procesos celebrados no se produce ninguna condena: Montaje.

En 1989, se trata de construir *ad hoc* una “*asociación subversiva*” después de la detención de algunos anarquistas durante un atraco. La acción judicial aborta: Montaje.

En 1991, una clamorosa operación dirigida a implicar a un presunto grupo *Anarchismo e provocazione* en el secuestro de Mirella Silocchi. El pretendido grupo se revela inexistente, mientras que sí existen, desde hace mucho tiempo, una revista que se llama *Anarchismo* y un periódico que se llama *Provocazione*. La intentona de dar vida a esta maquinación queda frustrada: Montaje.

En 1994, se produce un registro en Florencia, en la redacción del semanal anarquista *Canenero* (en el mismo local donde poco antes había sido encontrado un micrófono) y se consignan tres “*avisos de garantía*” a varios compañeros en relación a los atentados realizados contra los negocios *Standa* propiedad de Silvio Berlusconi. En este caso, el proceso tampoco supera ni tan siquiera la fase instructora: Montaje.

Aquí estamos otra vez de nuevo.

Alfredo María Bonanno



onstantino



avalleri.

A propósito de la Insurrección Anárquica

El uso de las armas y de la violencia en general –y aquí preciso que por «arma» me refiero a cualquier prótesis, material o técnica, de la que echemos mano en apoyo al desarrollo de la lucha anarquista en su aspecto concretamente destructivo– es un momento indispensable del accionar anarquista. Sin embargo, no considero que este momento sea en sí mismo un aspecto que debamos de privilegiar, en detrimento de todos los otros momentos que constituyen el conjunto del accionar anarquista. Ciertamente, considero que el uso de las armas es un “momento” de apoyo y de integración de todos los otros momentos, ya que se encuentra particularmente aislado del contexto de la lucha total y, aunque pueda ser positivo y desafiante (esto también depende de las condiciones sociales en general) no expresa el máximo potencial de las luchas y se corre el riesgo de caer en ciertos aspectos regresivos (la especialización, la auto-complacencia y por ende, la satisfacción por el nivel de profesionalidad alcanzado), que pueden hacer a un lado o, incluso, hacer desaparecer completamente la evaluación real del enfrentamiento en su conjunto y de las tareas que el movimiento anarquista debe realizar para involucrar en sí tramos más o menos sustanciales del entorno social subalterno.

La dominación y la opresión no se basan exclusivamente en el uso de la violencia y el empleo de las armas. **El sistema de dominación, el Estado-Capital, justo porque es un SISTEMA, está integrado por el entrecruzamiento simbiótico de una infinidad de momentos –materiales y espirituales–, que contribuyen en mayor o menor medida, a determinar también los aspectos generales que rigen a la *servidumbre voluntaria*: mecanismos mentales, manipulación psicológica que, asimilados en múltiples niveles de la vida social e individual, cimentan las bases de un consenso generalizado indispensable para la existencia misma del sistema de dominación y la sociedad actual.**

Más allá de si son o no positivos o coherentes, los actos individuales y/o colectivos dirigidos a golpear violentamente las estructuras de la dominación y a la gente que detenta el poder establecido, es evidente que adquiere capital importancia, para el anarquismo insurreccional, el momento de concreción del proyecto en toda su complejidad, a partir del análisis de la realidad (general y particular en la que se opera) que nos permitirá conectar todas las condiciones necesarias para estimular el desarrollo de la insurgencia en amplios sectores sociales de los excluidos del circuito existencial que el sistema Estado-Capital destina a los privilegiados.

Por lo tanto, resulta consecuente que en el accionar del proyecto insurreccional, se privilegie el hecho mismo de la articulación de la lucha, con sus dinámicas en continua evolución, que –de vez en cuando– requiere la utilización de uno u otro instrumento (ya sea un volante, un buen discurso en una asamblea o incluso, un ataque contra cualquier estructura o mecanismo del sistema de dominación, según lo que nos exija cada caso concreto) y no un aspecto particular de la lucha. **Todas las herramientas son valiosas para el avance de la**

lucha hacia el momento insurreccional generalizado y, por lo tanto, tienen que apoyare recíprocamente, sin que ninguna de esas herramientas tenga un papel destacado o preferencial en relación con todas las demás, sin que se salga de la capacidad de comprensión y del nivel real operativo del componente social directamente implicado en la lucha.

Las limitaciones del accionar clandestino

Acción Revolucionara, fue un grupo armado formado por compañeros y compañeras anarquistas y libertarios en el contexto de la *lucha de clases* en Italia, que se articuló de manera radical y generalizada a finales de la década del sesenta. Por aquellos años, el ataque general del proletariado puso en tela de juicio todos los aspectos del sistema de dominación, desde la economía hasta la enseñanza, del militarismo a las diferencias sociales, pasando por los intrínsecos lazos Iglesia-Estado, encontrando su equivalente respuesta en la extensión de las acciones armadas en perjuicio de todas las instituciones, sus edificaciones y sus personeros.

Un movimiento revolucionario de tan largo alcance, apoyado por todas las franjas subalternas, sí requería de estímulos cotidianos que elevaran aún más el nivel de la confrontación; desde luego, no tenía necesidad de un dispositivo profesional totalmente separado que se levantara como vanguardia armada con la ilusión de golpear un inexistente «corazón» del Estado. Sólo desde una concepción del Estado-Capital, centrada en la lectura de las relaciones sociales determinadas por un único centro de Poder y, no por toda la dinámica que determina las relaciones sociales en todos los niveles de la vida: económico, político, cultural-ideológico, etc. –o sea, sólo desde una concepción unilateral y monolítica del Poder que, presuponiendo un «centro» prefigura su control, puede auto-nombrarse vanguardia de la revolución y prepararse para la pretendida toma del poder. No es por casualidad que las primeras formaciones armadas clandestinas –verdaderas estructuras partidistas– fueron constituidas por núcleos marxistas-leninistas (las *Brigadas Rojas*, por ejemplo).

La tensión (documentada en varios análisis que quedaron registrados en diferentes documentos) que inspiró a los compañeros que dieron vida a *Acción Revolucionaria*, no puede entenderse si no se inscribe en el contexto social de la época que le fue propicia –misma que he expuesto un poco más arriba en sus aspectos macroscópicos–, marcada por un singular entusiasmo muy extendido, fundamento en las presuntas condiciones insurreccionales generalizadas del momento como consecuencia de evaluaciones incorrectas sobre la función de la lucha armada, forzosamente equiparadas a la creación de grupos operativos que pretendían garantizar una mayor contribución a la evolución de la lucha y potenciar el enfrentamiento desde la clandestinidad; concibiendo con esto también el contraste y el desafío que suponía al supuesto monopolio del ataque armado/violento de las franjas autoritarias del movimiento revolucionario.

Y aquí, surge una contrariedad de considerable importancia, a menudo pasada por alto en las discusiones o no abordada con la debida atención en los análisis de los compañeros. **La fascinación por el ataque armado especializado y, por las acciones militarmente impecables que, por supuesto, conquistan siempre las primeras planas de los medios de comunicación, a menudo, también afecta a algunos compañeros anarquistas y/o anti-autoritarios.** En la situación general por la que atravesaba Italia en la época en que se originaron los partidos armados y que también cobró vida el grupo *Acción Revolucionara*, se creyó (y algunos todavía lo creen) que mediante la clandestinidad voluntaria o sea, a través de la distorsión permanente de la realidad, de su propia identidad y de su experiencia, se alcanzaría una fase superior del desarrollo de las acciones destructivas contra el poder establecido, mucho más fructífera de acuerdo al desarrollo de la insurrección generalizada. Esto, sin dudas, puede llegar a ser cierto, pero sólo puede sostenerse desde el punto de vista técnico-militar especializado. Sin embargo, justo por eso, es una visión limitada y en definitiva, desviada de nuestros principios y fines, para nosotros los anarquistas insurreccionalistas.

En primer lugar, porque la clandestinidad impone límites naturales a las relaciones, ya sean con el resto del movimiento o con el ámbito social en el que debemos trabajar en simbiosis cotidiana, con el fin de conocer sus tensiones, sus debates, su nivel de preparación, sus proyectos en curso, sus proyectos en elaboración, etc., etc.; con el fin de participar activamente en todos estos planes y no cavar –nosotr@s mism@s– un surco profundo que nos aisle del enfrentamiento real. En segundo lugar, porque aún cuando lográsemos alcanzar niveles especializados en un momento dado, el uso de las armas y más genéricamente, el ataque destructivo en contra del poder establecido, hace a un lado –debido a la incapacidad de practicarlo en todas sus dimensiones–, otros momentos no menos importantes para el anarquismo insurreccionalista que lo puramente militar: la participación activa en lo que yo definiría –por cuestiones prácticas de sencillez en el lenguaje y no por abstracciones ideológicas– como «*intervención de masas*» (es decir, el desarrollo y la difusión de herramientas editoriales, participación e intervención en asambleas públicas, etc.). En tercer lugar, porque el alto grado de especialización (en técnicas operativas y uso de materiales específicos) en el terreno militar marca una distancia considerable, cuando no crea un abismo insalvable, entre el especialista y las *masas* que, en las circunstancias aquí descritas, se ve obligada a asistir pasivamente –o, a lo sumo a actuar como espectador– frente al enfrentamiento entre las dos entidades envueltas en una lucha feroz, ante lo se limitan a tomar partido por uno u otro bando en conflicto, no pudiendo tener un rol activo por la falta total de conocimiento en técnicas y materiales –ignorancia que contribuye a exagerar tanto los riesgos como el alcance real de la lucha, originando la representación generalizada.

La adquisición de especialistas, como podemos apreciar, por regla general supone momentos carentes de análisis y debates: la necesaria representación de todos los otros aspectos que en conjunto dotan de contenido al proyecto anárquico con miras a marchar junto a la mayor parte de los excluidos en los intentos por asaltar el cielo; aún siendo portadores de la representación justo en aquel sector para el que se convierten en especialistas.

La elección de la clandestinidad voluntaria –en el marco de un análisis que tenga en cuenta todos los aspectos de la intervención insurreccional–, se encuentra mucho más limitada de lo que se cree y, a veces, también puede resultar engañosa.

Lo cierto es que todo (o casi todo) lo que se hace cuando elegimos pasar a la clandestinidad, se puede realizar en la normalidad de nuestras vidas, sólo que, en ambos casos, se está actuando de manera ilegal. Lo único es que, al eliminar las restricciones y limitaciones inherentes a la clandestinidad, se participa en primera persona en cualquier momento del enfrentamiento de clases y, por lo tanto, se construye día a día –al interior del entorno social que queremos que madure hacia la insurrección y las rupturas necesarias para incrementar el choque y transformarlo en acto capaz de concretar la destrucción de todos los ganglios que componen el poder del Estado-capital: cultural, material, psicológico, y también técnico/militar.

Durante el período de formación y en el transcurso del accionar de *Acción Revolucionaria*, se puede decir que al interior del movimiento anarquista surgieron y se manifestaron todas o, casi todas, estas consideraciones. Definitivamente, cada quién tomó el camino que mejor se adaptaba a sus posiciones teórico-prácticas y de contribución a la lucha social en curso y, de igual forma, los compañeros de *Acción Revolucionaria*, tomaron su camino, marcando una experiencia más (quizás más trágica que otras, si la evaluamos considerando ciertos aspectos, pero no por eso más o menos anárquica) de las tantas que han cobrado vida en nuestro movimiento en su conjunto.

Por supuesto, se debe señalar que desde entonces es una constante la ausencia de debates ricos y detallados, como aquellas reflexiones que involucraban a todos los que ponían al centro de sus consideraciones la mejor operatividad posible del movimiento anarquista en función de la insurrección generalizada, que va muchísimo más allá del ataque destructivo bien asestado (ya sea por nosotros o por otros grupos en concreto) a uno o muchos de los apéndices del poder establecido.

La propuesta insurreccional anárquica y las nuevas condiciones de lucha

La idea de una *Internacional Antiautoritaria Insurreccionalista* (IAI), propuesta en los años noventa del siglo pasado por Alfredo Banano, fue apoyada por muchas iniciativas al interior del movimiento anarquista, incluso por compañeros de Cerdeña que nos reconocíamos en el proyecto de la *Unión de los Anarquistas Sardos* (UAS). La propuesta de la IAI, discutida y esclarecida entre las distintas iniciativas anarquistas presentes en los territorios del Estado Italiano que compartían su análisis, fue socializada –en gran medida y en varias ocasiones– en el plano internacional, encontrando respuesta de diversas iniciativas, principalmente en los

países europeos (Estado español, Grecia, Francia, etc.), sin embargo, no sólo tuvo eco en el viejo continente.

La necesidad y la importancia de un «lugar» no necesariamente de coordinación (aunque esta tendría que concretarse en algún momento, o materializarse en parte), pero sí de intercambio de experiencias, de socialización de luchas y de presentación de proyectos en curso, de posibilidades de ampliar el alcance de los conocimientos con la finalidad de establecer nuevas relaciones y, posibles extensiones de afinidades y de apoyo e integración a las luchas existentes, sin que nadie renuncie a sus peculiaridades sino que éstas encuentren oportunidades de enriquecimiento y expansión; considero que también hoy –quizás con mucho más apremio que entonces– continúa siendo una necesidad imperiosa para los anarquistas que no esperan por la maduración espontánea de los momentos insurreccionales sino que tienen la intención de actuar para provocarlos o de involucrarse directamente cada vez que las oportunidades se presentan como consecuencia de la propia dinámica del acontecer social.

La evolución de la Propuesta para la conformación de la IAI –desde sus inicios hasta que quedara demostrado que era impráctica, después de un primer período de éxito y gran interés generalizado– en mi opinión, está marcada por las dinámicas internas de los diferentes movimientos regionales involucrados en ese momento del proyecto y que contaban con mayor presencia. Considero que este desarrollo, en parte, también quedó marcado por infinidad de prejuicios que fueron surgiendo poco a poco y, finalmente (y sobre todo), por la pésima comprensión de las modalidades organizativas propuestas: **la informalidad, particularmente.**

Veamos brevemente algunos de los aspectos sobresalientes de ese momento:

- 1- La situación de los diversos movimientos más interesados, desde el principio, en la conformación de la IAI (particularmente, el movimiento italiano, griego y ciertos sectores del denominado «movimiento libertario español») estaba, obviamente, determinada por sus propias dinámicas internas y por la ruptura con proyectos o recorridos específicos, no sin dejar de provocar fricciones, contrastes, oposiciones e incluso una extraña sensación de competencia entre las diferentes propuestas y grupos. Los operativos represivos en curso –sin duda preocupantes dado el peso de las acusaciones y el involucramiento de un número significativo de compañeros y compañeras que en Italia daban vida a una respuesta variada (pero siempre en el ámbito de la dignidad y la coherencia) a los ataques político-judiciales–, hicieron que surgiera una gran diversidad de puntos de vista, concepciones que, aunque discrepantes, convivían sin mayores dificultades hasta ese momento, pero que, desde ese instante, pasaron a ser considerados posicionamientos incompatibles. En Grecia, la trágica muerte de un compañero exacerbó las relaciones ya tensas de por sí y, en el Estado español, la puntual represión –que la colaboración inter Estados puso eficazmente en marcha– dio lugar a una especie de dispersión generalizada. Surgieron entonces viejos y nuevos rencores y tomaron forma los prejuicios contra algun@s compañer@s y, sobre todo, contra la propuesta misma de concretar la *Internacional Antiautoritaria Insurreccionalista*,

sobre la base de supuestas diferencias que se exacerbaban y extendían, como una suerte de contagio, sobre todas las situaciones.

- 2- La preocupación espontánea y responsable de los compañeros y compañeras involucrados, tanto a nivel individual como de grupo, por evitar instrumentalizaciones y agregados a esta situación particular, pronto se convirtió –por todo el enredo provocado por múltiples factores– en una suerte de «certeza», consciente o inconscientemente, de la supuesta manipulación o mala fe de estos o aquellos compañeros...
- 3- La forma misma de la organización insurgente, se transformó para muchos en punto de controversia, dada la certeza que imprimían de antemano a cierta tendencia a la centralización y la homogeneidad elaborada por instrumentalizadores.

En resumen, el movimiento no se mostró dispuesto a aceptar la propuesta de una *Internacional* que fuera lugar y oportunidad de encuentro para todos los grupos e individuos que consideran que la informalidad es un manera auténtica de organización y, el insurreccionalismo anárquico y antiautoritario es un lugar válido para hacerle frente a la actual sociedad del Estado-capital.

Creo que hoy podríamos decir, después de dos largas décadas transcurridas, que la exigencia organizativa y el relativo debate que en aquel entonces abortó, no puede continuar posponiéndose por tiempo indefinido. Las condiciones materiales y espirituales impuestas por el sistema de dominación a nivel planetario, han tomado un camino irreversible. Desprendimientos de aquellos esfuerzos, interesados en materializar un proyecto internacional de intervención insurreccional anarquista persisten aquí y allá; sin embargo, es prácticamente imposible pronosticar por cuánto tiempo continuará latente este entusiasmo por concretar dicha propuesta pero, seguramente, no será por décadas. Hoy, se puede vislumbrar el futuro que tiene deparado el poder del Estado-capital para el anarquismo insurreccional con la evidente reducción de la conflictividad social en dos únicos momentos: un primer momento, donde se materializará el enfrentamiento armado entre ejércitos –uno bien equipado y entrenado por el Estado y el otro, el de las minorías facciosas (incluyendo a los anarquistas) marginadas y aisladas de las masas de los excluidos– y; el segundo momento, donde se asfixiarán estas minorías en explosiones de rabia auto-destructivas, justo por estar desprovistas de cualquier hipótesis política y social de asalto al cielo.

La propuesta de la *Internacional Antiautoritaria Insurreccionalista* ciertamente planteó la cuestión organizativa antes de tiempo, tomando por sorpresa a un sector del movimiento que aún no estaba preparado para ella. Todo lo que mucho más tarde ha sido expuesto en torno a la urgencia de una coordinación planetaria, particularmente por la *Conspiración de las Células del Fuego* y por la *Federación Anarquista Informal*, sin dudas, refleja la enorme necesidad de un «lugar» internacional de encuentro y debate de las diversas tensiones anarquistas insurreccionales, pero ambas propuestas están condicionadas. La primera (la de la CCF), por la falta de respuesta ante las condiciones sociales griegas; la segunda (FAI-informal), por su rígida y uniforme manera de entender y practicar la lucha insurreccional.

En conclusión, considero que el llamado de la *Internacional Antiautoritaria Insurreccionalista* sigue siendo válido en nuestros días, sobre todo, en lo referente a las propuestas organizativas aunque, indiscutiblemente, toda la parte relacionada con el análisis de la situación habrá que volver a evaluarla y puntualizarla. En cuanto al *anti-autoritarismo*, parece que no hay problemas de interpretación –a todos nos queda claro que luchamos contra toda autoridad– pero, específicamente, en torno a todo lo relacionado con la propuesta insurreccional, si se registran significativas diferencias de comprensión que necesariamente tienen que ser discutidas a profundidad y evaluadas en toda su extensión con el fin de eliminar cualquier posible malentendido que algún día, sin demasiado lugar para las dudas, podría llegar a ser perjudicial.

Considero que es muy oportuno aclarar que la propuesta de un «*lugar-momento-espacio*» internacional anarquista e insurreccional, organizativamente articulado en la *informalidad*, no necesariamente puede traducirse en «*Frente Revolucionario*», en «*Federación*» o en «*Coordinación*» de los que lo componen. El hecho de que sea *informal*, no permite cristalizarse en una estructura estable en el tiempo, de modo que cualquiera afinidad que pudiera surgir, en cuanto a formaciones de grupos más o menos amplios, proyectos, iniciativas, etc., se afirmarán según los desarrollos y articulaciones, que sólo pueden ser parcialmente predecibles a priori. Además, justo por el carácter informal de la organización, ésta únicamente representa una ocasión y no un fin preestablecido. Para esos momentos concretos de adhesiones en base a un proyecto en el que todos converjan, entonces surgirán nuevas modalidades organizativas que requerirán de una coordinación (por supuesto, acordada entre todos de manera voluntaria y apropiada a las contribuciones que cada quien quiera aportar). Obviamente, no se trata de un problema semántico, de algo que tenga que ver con cambiar los «*términos*», utilizando palabras distintas o designaciones que nos queramos dar; considero que todo tiene que ser aclarado en sus contenidos, incluso, en aquellos contenidos que para algunos, a primera vista, pueden parecer insignificantes o secundarios al momento de concretar una organización Internacional Antiautoritaria Informal e Insurreccional.

La violencia antisistémica

En realidad, considero que no viene al caso lanzar discursos ético-filosóficos, con todos los pormenores y las explicaciones de rigor en los ámbitos históricos, sociológicos y psicológicos, para ponernos a disertar aquí en torno a la violencia. El problema en relación a la violencia antisistémica encuentra su solución en el mismo ámbito de la temática revolucionaria. Permítanme entonces exponer a groso modo el significado de algunos conceptos con el fin de evitar malos entendidos a priori.

El concepto de *Revolución*: Con este término se entiende el cambio radical de un estado de cosas. *Revolución Social* significa el cambio radical de una sociedad dada en la etapa capitalista, con este concepto se afirma la necesidad (y voluntad) de un cambio radical de la sociedad en su conjunto en función de nuevas relaciones materiales y espirituales en las que no sea posible la explotación, la opresión y la servidumbre. Considero que para el anarquismo la *Revolución Social*, así concebida, sólo puede surgir de la sublevación generalizada.

Por insurrección, entendemos el momento destructivo de las relaciones, funciones, instituciones, edificaciones y de las personas que detentan el poder establecido. La insurrección generalizada expresa la realidad en la que dicha destrucción es obra de un sector consistente de las *masas subalternas*.

Por lo tanto, es evidente que el momento del uso de la violencia, incluso para los revolucionarios y no sólo para los guardianes del poder, está implícito en el concepto mismo de insurrección. Sin embargo, el uso de la violencia, el uso de las armas, no pone punto final ni al proceso revolucionario ni al momento insurreccional, al menos, desde la perspectiva anárquica. El proyecto de intervención anarquista insurreccional sitúa el uso de las armas en el contexto de la complejidad misma de la lucha, en sincronía y en apoyo a cualquier otro momento de intervención anárquica. Como he venido señalado en repetidas ocasiones y he dejado planteado en numerosos textos.

Considero de gran utilidad –a manera de apretadas conclusiones–, destacar un aspecto intrínsecamente relacionado al hecho «insurreccional» que, por un lado, al menos de cierta manera, responde a todos aquellos que, ideológicamente consideraran negativo el empleo de la violencia y de las armas y, tal vez, privilegian los momentos pedagógico-educativos, el trabajo proselitista, etc., etc., etc. y qué, por otro lado, es muy poco considerado en toda su magnitud, sobre todo, por aquellos que, en cambio, elevan al grado de importancia primordial el aspecto destructivo de los ámbitos propios del enemigo.

El fenómeno de la insurrección, está dado por la destrucción no sólo en términos materiales (edificios, instituciones, personas, etc.) del sistema de dominación, sino también por la ruptura liberadora con todos aquellos mecanismos sociológicos y psicológicos, cristalizados y estratificados, que han penetrado en el orden mental de las masas de individuos herederos –a nivel genético-cultural– de la sumisión y la servidumbre, como si esta nefasta herencia fuese una cuestión espontánea, inherente a la propia naturaleza humana. Esta ruptura se manifiesta fenomenalmente en el carnaval, tal vez, como momento ancestral de rechazo radical a todos los roles padecidos a diario durante el recorrido histórico de los pueblos, representando en todas partes la paranoia que el Estado-capital permite a los súbditos (como otros momentos pseudo-liberadores, como el deporte, por ejemplo) a manera de válvula de escape temporal, muy útil para descargar frustraciones que permiten que continúen conformes con el papel subordinado que les han asignado y que tienen que mantener durante el resto del año.

Desde esta perspectiva, el acto insurreccional logra determinar, en su corta vida, la ruptura de las cadenas mentales, que, de otra manera, se podrían obtener, en menor medida, en el periodo de una generación completa.

Constantino Cavalleri

Cerdeña, Noviembre 2011



ustavo



odríguez.

DE SER ANARQUISTAS A ESTAR ANARQUISTAS:

La nueva insurrección anárquica y su desarrollo en Latinoamérica (*)

Un viejo slogan marxiano, advertía que «*los proletarios no tienen nada que perder salvo sus cadenas*». En pleno siglo XXI, nuestro compañero Massimo Pasamani contextualiza esta histórica frase de manera insuperable: «*Lo único que tenemos que perder es la paciencia*»⁴. Y sí, hoy lo único que tenemos que agotar de una vez y por todas, es la paciencia. Ese aguante estoico, esa resignación imperturbable, esa espera eterna a la que nos han condenado históricamente y a la que nos convocan todos sin excepción. No es por casualidad que los izquierdistas nos insisten tanto con el vocablo “*resistencia*”, es decir: aguante, sufrimiento, tolerancia, resignación. Por eso, siempre que escucho la palabra “*resistir*”, cada vez que me dicen «*hay que resistir*» en vez de confrontar, contraatacar, embestir, arremeter, transgredir, desobedecer, subvertir, si no tengo un arma a mano corro despavorido.

Indiscutiblemente, siglo y medio más tarde, el lema decimonónico marxiano no sólo carece de destinatario –es decir, hoy ya no existe el proletariado– sino que, además, por mucho que se esfuercen los trasnochados defensores de la ideología obrerista por acomodar el término “*proletario*” a nuestra realidad asignándole a esta categoría un suerte de elasticidad ilimitada donde tienen cabida un sinfín de afinidades identitarias –ciudadanos, desempleados, vendedores ambulantes, trabajadoras domésticas, putas, campesinos, burócratas, maestros, estudiantes, Indígenas, Afrodescendientes, y merolicos– que ni siquiera se construyen en ese antiguo espacio de atributos y que conforman en nuestros días un amasijo amorfo y moldeable: las *masas*. Pero, paradójicamente, estos sujetos tampoco se reconocen “*encadenados*”. Sin duda alguna, el sistema de dominación contemporáneo, ha sido lo suficientemente perspicaz como para irle agregando eslabones a esa vieja cadena de opresión y les ha añadido los suficientes hasta dotarles de la ilusión de no tener cadena que les ate. Evidentemente, ninguno de estos sujetos tampoco podría decirnos hoy que «*no tiene nada que perder*» si no los viéramos haciendo su cola en *Banco Azteca*, en *Coppel*, en *Electra* o en *Viana*, para pagar la cuota mensual de todas las mercancías que han adquirido y; tampoco los encontraríamos en la fila de Banrural o en las dependencias gubernamentales que dan apoyo al campo o que otorgan becas y otros tipos de limosnas.

⁴ ¿Y si perdiésemos la paciencia?

Texto disponible en: <http://afilandonuestrasvidas.blogspot.mx/2011/03/y-si-perdiesemos-la-paciencia.html>

Hoy, no nos cabe la menor duda que el consumismo y el ciudadanía han cumplido su objetivo, produciendo y reafirmando esa actitud indiferente y contemplativa que entronca perfectamente con esos llamados izquierdistas a la “*resistencia*”. Sin embargo, esta realidad que muchos de los que aún nos llaman compañeros intentan ocultar, tratando de tapar el sol con un dedo, negándose a ver la realidad en su contexto, es la que no nos permite verificar el escenario actual de la lucha anárquica. **Reconocer la metamorfosis degenerativa de la otrora “clase obrera” convertida en una mixtura amorfa de consumidores/ciudadanos, es el ineludible punto de partida para constituir una comunidad sediciosa consciente que contribuya vigorosamente a extender el ataque contra el sistema tecnoeconómico de dominación y dote de proyección al proyecto anárquico en el siglo XXI.**

Indiscutiblemente, esa comunidad sediciosa consciente no se erige de la nada; mucho menos se edifica a partir de las fantasías de un puñado de profetas “*elegidos*” ni se despliega como consecuencia axiomática de teorizaciones abstractas e ideologías; esa consciencia negativa sólo emerge del ensanchamiento del conflicto permanente a partir del cual se desarrolla, poniéndonos la realidad al alcance de todos.

Si no somos capaces de identificar el actual sentimiento de “*participación*”, es decir, si no nos percatamos de la integración al sistema de dominación de esa megamasas alienada – integración innegablemente en curso y a pasos agigantados–; no podremos ser capaces de desarrollar un proyecto de lucha anárquica que confronte al sistema de dominación contemporáneo. Por eso, siempre hacemos tanto hincapié en la carencia de balance crítico y en la necesidad de actualizar nuestro andamiaje teórico-práctico. **Sólo a partir de un balance crítico y de la actualización teórico-práctica, estaremos aptos para poner en marcha un nuevo imaginario sedicioso que nos permita erigirnos como el paradigma subversivo renovado que contextualice a esa estructura concreta de pensamiento y acción que nos agrupa y nos alienta.** Pero para alcanzar esto, vuelvo a repetir, es imprescindible abandonar el retraso teórico que padecemos y realizar ese balance crítico que tenemos pendiente, encarando nuestra historia y extrayendo de ella sus mejores enseñanzas. Sin embargo, un balance, no es un simple *corte de caja*. No es un ejercicio de contabilidad aplicado a la lucha anárquica, así que no podremos elaborarlo a partir de los créditos y facturas sin pagar que se han ido registrando a favor o en contra en nuestra hipotética cuenta bancaria. El balance que aquí se nos impone está obligado a penetrar en el territorio de los significados sintéticos, globales y de mayor profundidad, por lo que tendremos que acabar de descifrar nuestra historia tanto como la época y el contexto en que nos ha tocado vivir.

La primera consecuencia de ese balance debe ser el trazado de nuestra principal carencia, es decir, de ese paradigma anárquico capaz de cumplir el mismo papel que desempeñó en los años de su edad de oro, de jugar el mismo rol que jugó en los tiempos del anarquismo clásico y cuya recreación ha sido extraordinariamente esquiva hasta el mismo día de hoy. Estamos convencidos, que de este reconocimiento se desprenderá la necesidad de un esfuerzo de actualización teórico-práctica cuya proscrición, a estas alturas del partido, es sólo el reflejo de un posicionamiento conservador y decrépito que urge desterrar de nuestras tiendas. **Es sobre esa base de reelaboración y renovación que, seguramente, se nos facilitará plantear un proyecto de ruptura que renueve, refresque y revitalice la capacidad destructora-creadora que el anarquismo encarnó permanentemente y que hoy no queremos empezar a extrañar.**

Habrà que aterrizar en el replanteo impreciso y en nuestras prácticas cotidianas, con el pensamiento en guardia y la sensibilidad en estado de alerta. Pero sin miedo. Tenemos que abandonar todos los miedos. No hay que temerle a equivocarnos. No tenemos que temer a los errores. Todos podemos errar el tiro pero, **lo realmente imperdonable sería dejar de disparar por temor a errar**. Como nos recalca Rafael Barret: «*Más vale lo horrible que lo viejo. Más vale deformar que repetir. Antes destruir que copiar*». Entonces, compañeros, deformemos y destruyamos, pero sin miedo. Lo único que tenemos que temer es a permanecer postrados, a continuar sumidos en la inmovilidad. Retomando a Barret: «*Vivimos por nuestros frutos; el único crimen es la esterilidad*».

Y bueno, regresando al impostergable balance. Hay compañeros que se me han acercado en repetidas ocasiones y me han preguntado –de manera auténtica, no con las acostumbradas mezquindades con que se nos cuestiona desde las posiciones trasnochadas de los que optan por el inmovilismo esperando que llegue el hipotético momento “*revolucionario*”– ¿por qué es tan necesario y urgente el mentado balance crítico y la renovación teórico-práctica del anarquismo? E invariablemente respondo del mismo modo: Es impostergable y, además, imprescindible dicho balance, porque si no evaluamos críticamente el pasado jamás contaremos con un “*inventario*” detallado que nos permita darnos cuenta con qué contamos, es decir: qué nos ha quedado realmente a lo largo de nuestra historia; necesitamos saber cuántas armas nos quedan y cuáles no han caducado, cuáles continúan imperecederas, siendo útiles para enfrentar al sistema de dominación contemporáneo. Y ese *inventario*, compañeros y compañeras, sólo lo obtendremos encarando nuestra historia, evaluando nuestros logros y aceptando las derrotas pero, sobre todo, aprendiendo de ellas. Únicamente a partir de ese balance, que nos permitirá descifrar nuestra historia y comprender la época y el contexto en el que nos ha tocado vivir, será que nos percatemos de la necesidad de actualización teórico-práctica.

Los trasnochados, persisten en ignorar el contexto. Desechan, olímpicamente, las enormes transformaciones que ha sufrido el capitalismo a consecuencias de la crisis energética y del imperio de las nuevas tecnologías. Tampoco consideran los cambios que ha producido la llamada “*globalización*” del capital que en nada se asemeja a lo que fue el capitalismo en los siglos XIX y XX. Hoy, innegablemente, podremos encontrar algunos rasgos comunes con aquellas condiciones de opresión que caracterizaron las últimas cinco décadas del siglo XIX, provocando que la sedición anárquica germinara y se extendiera como el fuego en la pradera; sin embargo, vivimos una realidad esencial y diametralmente diferente. La lógica de los trasnochados es la de la repetición –como si pudiéramos recrear las mismas tácticas y estrategias que fueron indiscutiblemente provechosas para el desarrollo de un paradigma anárquico que respondía a las necesidades de su época pero que hoy no corresponde con nuestra realidad– y recurren a esta lógica porque les permite continuar apoltronados en el inmovilismo. Hoy sus tácticas y estrategias no representan el menor peligro para el sistema de dominación. Un ejemplo que clarifica con creces lo anterior es la cacareada reconstrucción de la CNT durante los años de la llamada transición democrática. Lo que fue una superlativa amenaza en su época, en el contexto que le fuera propio, hoy es un sindicato más, para colmo minoritario. Pero, aunque se registrara un crecimiento inusitado y mañana la CNT contara con la afiliación de cinco millones de trabajadores, continuaría siendo una estructura esencialmente inocua porque el sistema de dominación contemporáneo conoce sobradamente lo que son los sindicatos y los límites de su lógica reformista y, eso no cambia un ápice por mucho hincapié

que hagan en el prefijo “*anarco*”. Pero, por si fuera poco el comentario anterior, para entender lo que hoy representan estas teorías y prácticas decrépitas, sólo tenemos que reparar en su histórico logo: El hombre sometiendo a la Naturaleza, el musculoso y racional Espartaco venciendo a la fiera. O sea, el racionalismo domesticando a la Naturaleza o lo que es lo mismo, al servicio del capital. Y sí, en realidad, si se repitiera la epopeya anarcosindicalista española, lo único que tendríamos que ofrecernos hoy la CNT es la autogestión de los medios de producción o sea: trabajo, producción, tecnología y más desarrollismo, es decir, más capitalismo.

Lo cierto es que mientras no actualicemos nuestra teoría y nuestra práctica y continuemos recurriendo a esa suerte de *Manual de Procedimientos* del siglo XIX, para enfrentar el avance agigantado de la dominación, mayor será la desorientación al interior de nuestras tiendas y mayor será nuestra incapacidad de vislumbrar un nuevo imaginario sedicioso. Y, lo más nefasto, es que estas confusiones e incapacidades, únicamente fomentan la pasividad y la resignación, es decir, alimentan la “*resistencia*” inocua a la que nos invitan los de “*abajo y a la izquierda*”, en lugar de nutrir la subversión.

Ahora bien, ya que entramos en el tema de la “*desorientación*”. Hay que señalar que esa falta de brújula, esa confusión latente que acompaña al anarquismo en nuestros días, no se verifica únicamente en ese patético inmovilismo del que hemos venido hablando y en los demás mejunjes proto liberales que se han ido sedimentando en las organizaciones de “*síntesis*”, sino que también lo observamos en el activismo a ultranza y el militantismo. Es más –mucho más a menudo de lo que quisiéramos–, también lo encontramos en los márgenes imprecisos del denominado *insurreccionalismo*. Es curioso y a la vez aterrador, identificar en cierto *insurreccionalismo* malentendido, posicionamientos igualmente trasnochados y decrépitos. Un ejemplo de esto, que bien vale la pena destacar por el asombroso desfase de sus tesis, son algunas posturas neoplataformistas que han engendrado un insólito y contradictorio híbrido que ya comienza a presentarse como “*plataformismo-insurreccionalista*”. Increíblemente, hemos comprobado como esta tendencia partidista, ya sea por falta de brújula o como estrategia destinada a captar incautos, ha echado mano de las reflexiones de Bonanno, de Cavalleri y hasta de Wolfi Landstreicher, para articular un Frankenstein ideológico –que no teórico-práctico– que lejos de aportar insumos a la necesaria renovación, contribuye a incrementar la desorientación de nuestros días. Aparentemente, se sigue confundiendo (o se intenta confundir) la insurrección anárquica con la lucha armada vanguardista y, la organización informal –inherente al desarrollo teórico práctico de la insurrección anárquica– con la organización centralista, su disciplina partidista y la imposición de un Programa. **Los neoplataformistas, más inspirados en la estrategia leninista que en la teoría y la práctica anárquica, le apuestan a exacerbar la confusión con la decidida intención de acarrear agua para su molino: el Poder Popular.** Es decir, como hemos repetido hasta el cansancio ajeno, ese insólito eufemismo con el que se intenta maquillar la tristemente célebre “*dictadura del proletariado*” –en la misma tesitura de esa elasticidad ilimitada que le han asignado a la categoría “*proletario*”–; naturalmente, al darle cabida a ese sinfín de afinidades identitarias, ya no pueden hablar de “*dictadura del proletariado*” sino de “*dictadura del pueblo*” pero como este término conlleva muchas reminiscencias, no únicamente de la mano de Blanqui –y hasta de Robespierre– sino también del nacionalsocialismo italiano y alemán y del fascismo rojo; pues,

se recurre entonces a la cosmetología y nos entregan la edición sepetecienta del *Poder Popular*.

Y bueno, me imagino que a estas alturas de la plática muchos compañeros y compañeras se preguntaran qué tiene que ver todo este desvarío con el título de esta charla: “*La nueva insurrección anárquica y su desarrollo en Latinoamérica*” o, “*De ser anarquistas a estar anarquistas*”. Pues bien, todos los temas que hemos abordado hasta aquí, se repiten –con sus lógicos matices y particularidades–, de manera constante desde la Patagonia hasta el Río Bravo, incluyendo ese Frankenstein ideológico que se anda presentando por ahí con el seudónimo “*plataformismo-insurreccionalista*”. De la misma manera que por estas latitudes se ostenta esa contradicción con patas en las circunscripciones del neozapatismo y la llamada autonomía Indígena; en Chile, por ejemplo, se verifica su presencia en los marcos de la lucha por la autonomía Mapuche. Desde luego, también existen casos verdaderamente patéticos –por eso mencionaba los matices– como el venezolano, donde el “*plataformismo-insurreccionalista*” no sólo se la vive apoltronado en el inmovilismo sino que se amanta de la manera más obscena del burro omnipresente del Estado y dedica todas sus energías al culto y la alabanza de su amado comandante Chávez.

Como nos indica Alfredo Bonanno en “*Apuntes para un análisis*”⁵ –sus reflexiones en torno a la propuesta inaugural de la *Internacional Antiautoritaria Insurreccionalista*–, existen muchas razones para seleccionar una región geográfica y someterla al análisis desde la perspectiva insurreccional anárquica. En aquella ocasión –por allá del 96 del pasado siglo–, Alfredo analizaba el área que comprende los países del Mediterráneo y las condiciones socio-políticas y económicas que presentaba esa región particular y, cómo interactuaban estas condiciones, provocando situaciones de tensión que abrían un campo de intervención inimaginable para el desarrollo de la “*aventura subversiva*”. Y, evidentemente, no hacía este análisis de los países mediterráneos desde la visión reduccionista de los regionalismos, visualizando al área como una unidad homogénea, como tampoco lo hacemos nosotros con la selección de la región latinoamericana –nada que ver con las chaquetas izquierdistas y liberales de la cacareada integración latinoamericana, las unificaciones absurdas y alucinaciones similares en torno a la *Patria Grande*, con su nacionalismo continental y demás pestilencias ideológicas–; contrariamente: nos exhortaba a abandonar cualquier ideología micro-comunitaria con la que intentan vendarnos los ojos. Nos exhortaba a explorar las diferencias sociales, no para reducir las brechas de desigualdad y disminuir las tensiones con integraciones ficticias sino para exacerbarlas y arrebatarlas a la falsa oposición –ahora no recuerdo textualmente pero, más o menos, por ahí versa la invitación: Nos invitaba a reconocer en cada particular región geográfica “*un área de conflictividad*”, sin caer en interpretaciones simplistas y deslumbramientos que nos lleven a conjeturar que el ritmo y la energía de los impulsos rupturistas y las situaciones insurreccionales habrán necesariamente de sincronizarse en un momento dado por mandato histórico a lo largo y ancho de la región.

⁵ Bonanno, Alfredo, *No podéis pararnos: La lucha anarquista revolucionaria en Italia*, Pág. 41 y ss.; Editorial Klinamen y Ediciones Conspiración, Madrid, 2005.

Ciertamente, la región latinoamericana presenta condiciones socio-políticas y económicas que le otorgan un conjunto de particularidades al área e, igualmente, estas condiciones socio-políticas y económicas interactúan, provocando una **confluencia de tensiones** que nos abren un campo de intervención enorme, favorable al desarrollo de la “*aventura subversiva*”. Hoy, el *sedicioso despertar de la Anarquía* en América Latina – parafraseando a nuestro inolvidable Rafa Spósito–nos permite visualizar a esta vasta región geográfica como un *área de conflictividad permanente*. Sin embargo, esta concepción no significa, como comentábamos antes, entender a Latinoamérica como una unidad hegemónica y coherente, con orígenes y finalidades comunes. Tendremos que reconocer y tomar en cuenta las especificaciones de cada país. **El desarrollo de la conflictividad anárquica tendrá sus propios tiempos y espacios de un país a otro, concibiéndola como un proceso específico de destrucción y creación que se presentará con sus propios rasgos y necesidades, generándose sin fórmulas infalibles ni programas pre-enlatados sino a partir de sus propias exigencias y combinando atinadamente los diferentes niveles de acción.**

Haciendo un apretado resumen histórico de los últimos cincuenta años, podemos hablar de una “era” de dictaduras en la región que, a grandes rasgos y con sus particulares matices, se repite a lo largo y ancho del subcontinente. Hablamos, por lo menos de tres décadas de dictaduras, en Argentina, Uruguay, Brasil, Bolivia, Chile y bueno, en Centroamérica: Guatemala, Nicaragua, Salvador y desde luego, México, con los setenta años de “*dicta-blanda*”, pero con la misma historia de desaparecidos; presos políticos secuestrados en cárceles clandestinas; torturados y; comunidades enteras desplazadas y pueblos hostigados por el ejército, en Guerrero, en Oaxaca, en Chiapas. –Ahhh, olvidaba Perú, que aunque el Fujimorismo arribó al poder por elección popular, en la práctica fue una implacable dictadura militar que dejó a su paso incontables asesinatos políticos, desapariciones, presos, etc.

Y bueno, salvo raras excepciones, el movimiento anarquista latinoamericano en los tiempos de las dictaduras, acentuó aún más la debacle que venía digiriendo desde la derrota del anarcosindicalismo español, profundizando su degeneración ideológica. Innegablemente, se registró cierta resistencia libertaria frente a las dictaduras –particularmente, en el cono Sur–, que dejó su estela de torturados, muertos y desaparecidos. En Uruguay, esta resistencia se materializó con la *Organización Popular Revolucionaria Treinta y tres Orientales* (OPR-33), proveniente del ala anarco-guevarista de la *Federación Anarquista Uruguaya* que, naturalmente, degeneró de inmediato en partido de vanguardia: el *Partido por la Victoria del Pueblo*; partidillo que actualmente forma parte de la coalición política del *Frente Amplio* que se encuentra en el poder.

En ese mismo tenor, pueden rastrearse experiencias similares en Chile y Argentina. *Resistencia Anticapitalista Libertaria*, más conocida como *Resistencia Libertaria*, aunque con muchísimo menor protagonismo, fue el equivalente en la Argentina de la OPR-33, durante la última dictadura militar. Era un partido de cuadros que también provenía del anarquismo, concretamente del sector nucleado en torno al periódico *La Protesta*, que repite las mismas posiciones ideológico-prácticas de la OPR-33: la fascinación por el foquismo guevarista, el embeleso con el castrismo y, lógicamente, el abandono de la crítica anárquica. En Chile,

ocurrirá algo similar pero con mucho menor resonancia y con características muy, pero muy, particulares: la *Vanguardia Organizada del Pueblo*, (VOP). Este peculiar partido armado, del que se rumora que contó con participación anarquista, estuvo constituido esencialmente por ex integrantes de las Juventudes Comunistas y jóvenes ex MIRistas⁶ desencantados con el “*socialismo realmente existente*” que predicaba la URSS por aquellos años de “*coexistencia pacífica*”. Lo interesante de esta agrupación armada es que continuó su lucha en plena *Unidad Popular*, siendo encarcelados y asesinados la mayoría de sus miembros por las fuerzas represivas de Salvador Allende. Estos combatientes, no se plegarían a la farsa de la *Unidad Popular* ni babearían fascinados por el foquismo guevarista ni actuarían enajenados por la seducción del castrismo; naturalmente, a pesar de todos sus muertos, su accionar no alineado les convertiría ante los ojos de la izquierda en agentes de la CIA. Claro está, sus valoraciones nunca superaron la doctrina marxista-leninista, desarrollando una actuación teórico-práctica mucho más próxima al denominado “*maoísmo revolucionario*” que al anarquismo insurreccional. Sin duda, la VOP sería el antecedente de Lautaro, no porque se concretara directamente una continuidad lineal de un grupo al otro sino, considerando su *modus operandi* y sus reflexiones teóricas en torno al llamado –en términos marxianos– “*lumpen proletario*”.

Desde luego, no es la intención de esta plática realizar una valoración, con la profundidad requerida, de las concepciones y prácticas que se manifestaron en esos años de desvaríos y retrocesos que caracterizaron al “*anarquismo en transición*”, sino destacar la tremenda desesperación que distinguió a esa época de extravíos y dislates ideológico-prácticos, donde el marxismo y el liberalismo camparon a sus anchas en nuestras tiendas de la mano del oportunismo sin principios y del acomodo político. Básicamente, el “*movimiento*” anarquista por aquellos años, a lo largo y ancho de Latinoamérica, había sucumbido en un prolongado letargo. Su pretérito talante subversivo, su accionar sedicioso, su intransigente crítica radical del Poder, se había degradado en vil ideología. Así, llegaría maltrecho y abatido a los años 90, cediendo el paso a los partidos políticos y las ONGs. Era el tiempo de las “*restauraciones democráticas*”: Uruguay, Argentina, Brasil, Chile, Bolivia. Arribábamos al “*fin de la historia*” y la Arcadia liberal impondría su doctrina con la aquiescencia y la impudicia de un entorno “*libertario*” cada vez más liberal y menos anárquico. El Consenso de Washington se constituía como expresión resumida del programa liberal. En este marco, se afirmaría en toda Latinoamérica, el capitalismo posindustrial como forma definitiva de organización de la producción, la distribución y el intercambio, alcanzando, incluso, a pretendidos paraísos “socialistas” como Cuba que, de la mano del desplome del “*socialismo realmente existente*”, comenzaba abandonar el capitalismo de Estado dando entrada a la inversión trasnacional. La democracia representativa y parlamentaria, se erigiría como punto de destino de la invención política, abriéndole la puerta a la socialdemocracia y al populismo; mientras la “*globalización*” se consolidaba a través de la integración progresiva de los mercados “*libres*”.

El giro a la izquierda, protagonizado por la socialdemocracia y el populismo, daba sus primeros pasos como respuesta predecible a los fracasos del programa liberal en América Latina. El ajuste fiscal de las dictaduras a las democracias y la puesta en marcha de las recetas

⁶ MIR, Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

del FMI y el *Banco Mundial*, habían provocado el aumento de la marginalidad, la desocupación tecnológica y el abandono del campo. La crisis de la promesa liberal unida a la debacle del socialismo real también abonaban el terreno de la contestación “*movimientista*” que no se dejó esperar: Argentina, Bolivia, Ecuador y nuevamente Bolivia, serían los escenarios de la confrontación social. Llegando, incluso, a derrocar gobiernos, como fue el caso argentino a finales del 2001 y Bolivia en 2003. Pero, rápidamente, se pondría en práctica la invariable recuperación sistémica de los movimientos sociales. La socialdemocracia y el populismo, sabrían capitalizar en las urnas el impulso de la movilización social.

El triunfo del izquierdismo se cristaliza en Chile en marzo de 1990, con la llegada al poder de la *Concertación*⁷; le seguiría Venezuela, con el triunfo electoral del *Movimiento V República* (MVR) en 1998 y la llegada a Miraflores del populismo chavista, decretando al año de gobierno su “*Revolución Bolivariana*”. Entrando el nuevo milenio, le tocaría el turno a Brasil, con el arribo al poder de Lula da Silva en 2003; en ese mismo año, postulado por el *Frente para la Victoria*, asume la presidencia en Argentina el abogado y empresario Néstor Kirchner; en marzo de 2005, llegaría a la presidencia del Uruguay, Tabaré Vázquez, postulado por el *Frente Amplio*⁸ –coalición en la que se encuentra el partidillo anarco-guevarista que comentábamos antes–; para diciembre de ese mismo año, resultaría triunfador en las elecciones presidenciales de Bolivia el MAS⁹, con Juan Evo Morales a la cabeza. Le seguiría, en 2006, Ecuador con el triunfo electoral de Rafael Correa; Nicaragua, con el retorno al trono en 2007 del exguerrillero multimillonario Daniel Ortega; El Salvador, con la victoria electoral en 2009, de la otrora guerrilla *Farabundo Martí de Liberación Nacional* ahora transformada en partido electorero con Funes como presidente y; aparentemente, el efecto dominó continuará en Perú con el reciente triunfo de Ollanta Humala –que se mantiene en la cuerda floja, sin definir su postura– y posiblemente en México, ya sea con el triunfo electoral del Peje¹⁰ o con el probable retorno del PRI a Los

⁷ **NdE:** La **Concertación de Partidos por la Democracia** (más conocida como **Concertación**) es una coalición de partidos políticos de izquierda, centroizquierda y centro que gobernó Chile desde el 11 de marzo de 1990 hasta el 11 de marzo de 2010, siendo actualmente el principal referente de oposición electorera al gobierno de derecha de Sebastián Piñera. Está integrada por los partidos *Demócrata Cristiano* (DC), el *Partido Por la Democracia* (PPD), *Partido Radical Socialdemócrata* (PRSD) y el *Partido Socialista* (PS). Originalmente, también se sumaron a la **Concertación**, el *Partido Democrático de Izquierda* (PDI), el *MAPU Obrero Campesino* (MAPU-OC), el *Partido Liberal* y diferentes movimientos sociales producto de las luchas de los años 80 contra la dictadura pinochetista, hoy convertidos en partidos minoritarios o fusionados en otros partidos.

⁸ **NdE:** El **Frente Amplio** es el partido en el poder en Uruguay, producto de la coalición de varios partidos políticos de izquierda, centro-izquierda y centro. Actualmente, el **Frente Amplio** está conformado por el *Movimiento de Participación Popular*, *Asamblea Uruguay*, el *Partido Socialista*, el *Partido Comunista*, la *Alianza Progresista*, la *Vertiente Artiguista*, el *Nuevo Espacio*, el *Partido por la Victoria del Pueblo*, el *Partido Obrero Revolucionario*, entre otros grupos menores de izquierda y organizaciones sociales que han confluído en esta institución política.

⁹ **NdE:** El **Movimiento al Socialismo** (MAS) es el partido en el poder en Bolivia, desde enero de 2006 y su máximo dirigente es el presidente Evo Morales. Sus orígenes se remontan a la década del ochenta, cuando una corriente de izquierda de la *Falange Socialista Boliviana* seguidora de David Añez Pedraza se escinde dando vida al partido *Movimiento al Socialismo-Unzaguista* (MAS-U), formulando su propuesta por un “capitalismo de Estado andino”. Una vez fusionado con el *Instrumento de Soberanía Popular* y la *Confederación de Trabajadores del Trópico Cochabambino*, el **MAS** es refundado en julio de 1997 bajo la dirección de Juan Evo Morales Ayma, quien para entonces era presidente de la *Confederación de Trabajadores del Trópico Cochabambino*.

¹⁰ **NdE:** **Andrés Manuel López Obrador**, también conocido como *El Pejelagarto* (por su origen tabasqueño) y **AMLO** (por las siglas de su nombre); fue candidato a la presidencia de México en 2006 al frente de una coalición de izquierda (*Coalición por el bien de todos*), integrada por el Partido de la Revolución Democrática (PRD), el Partido del Trabajo (PT) y Convergencia. Este

Pinos que bueno, como ya sabemos, en ese tradicional esquema *doblemoralino* de la izquierda: **en política interna, el PRI es el “enemigo histórico” y, en política exterior es el aliado por excelencia de Cuba, Venezuela y el resto de los denominados gobiernos progresistas.**

En definitivas, como posible interpretación de este giro a la izquierda, a lo largo y ancho de Latinoamérica, podríamos inferir el retorno a la necesidad de “*esperanza*” y la opción por el “*mal menor*”; recurrencias harto frecuentes en el seno de la *servidumbre voluntaria* e, históricamente explotadas como capital político: la necesidad de “*esperanza*” por el populismo y, la opción por el “*mal menor*”, por la socialdemocracia. Este escenario, nos exige profundizar en torno a **los dos principales dilemas** que enfrentan los llamados “*movimientos populares*” y las organizaciones sociales. **El dilema básico**, nos presenta una bifurcación histórica: el camino estatista o la autonomía. Y, **el segundo dilema**, nos sitúa en otra encrucijada práctica: el camino institucional o la ruptura y la transgresión antisistémica. Lamentablemente, el lugar asignado y las reglas del juego, constantemente se imponen como vasta operación de legitimación de las relaciones de dominación.

A pesar de estar superlativamente demostrados los límites y fracasos del camino estatista con la permanencia de la marginalidad y la exclusión como consecuencia lógica de la imposibilidad del Estado de responder a demandas múltiples y complejas; pese a haberse verificado la falacia del proyecto de desarrollo ecológico y sustentable de estos gobiernos izquierdistas consagrados al extractivismo y la minería a cielo abierto; a pesar de estar identificados los caminos estatistas como área de convivencia con las relaciones institucionalizadas de dominación y forma de incorporación a la “globalización” capitalista; la invariable recuperación sistémica de los “*movimientos sociales*” continúa siendo la constante de este viaje en círculo hacia la autonomía. **Las nuevas representaciones de la sociedad, más basadas en la proliferación de identidades que en la existencia de un proyecto de subversión total y el desarrollo y extensión de la consciencia antiautoritaria, han representado –en la práctica– la proliferación de movimientos de falsa oposición destinados a extinguir el fuego de la sedición.**

Sin embargo, no todo está podrido en Dinamarca –bueno, en América Latina. Asistimos a una **confluencia significativa de condiciones** socio-políticas y económicas: el estancamiento del populismo; la debacle del izquierdismo; la revaloración negativa del trabajo; los cambios en la composición de las denominadas *clases sociales* –es decir, la desaparición del proletariado como clase y la conformación de una nueva elite dominante–; la resignificación del Estado; la crisis de las instituciones; la crisis societal; la crisis civilizatoria; el desarrollo de una nueva forma de pensar que implica el ocaso de la cultura sacrificial y la redefinición de la Revolución; todas estas condiciones interactúan. Como comentábamos antes, se cruzan, se entrelazan, reverberan, provocando situaciones de tensión que nos regalan un escenario de larga duración como espacio de oportunidades favorable a la “*aventura subversiva*”. Y, este

año aspira al mismo cargo al frente de la coalición *Movimiento Progresista*, integrada por el Partido de la Revolución Democrática (PRD), el PT (Partido del Trabajo) y el Movimiento Ciudadano.

espacio de oportunidades, nos sitúa de nueva cuenta frente a la necesidad de redescubrir y reinventar vías de transgresión y ruptura. Habrá que superar entonces a los “*movimientos sociales*” y su práctica instituyente; habrá que abandonar la Revolución para abrazar las revoluciones –cientos, miles, millones de revoluciones inconclusas– capaces de concretar de infinidad de maneras, de todas las formas habidas y por haber, la contestación antisistémica, el conflicto permanente, el ataque a la dominación.

En Latinoamérica, el despertar de la Anarquía comenzó a gestarse a fines del siglo XX y principios de este siglo. Un acontecimiento clave a nivel mundial, interrumpiría su prolongado sueño: la *Ronda del Milenio* en Seattle. Y, otro suceso importante a nivel latinoamericano, le obligaría a abandonar la cama para siempre: el levantamiento argentino de diciembre de 2001. Hoy, a pocos días de alcanzar la década que nos separa de aquel acontecimiento, las “pruebas” o las manifestaciones del despertar, pueden comprobarse a lo largo y ancho del continente: la presencia de minorías de acción anárquica y su expansión por contagio o “*efecto demostración*”; el aumento en las comunicaciones; la proliferación de publicaciones, *blogs* y páginas electrónicas; las coordinaciones y; hasta la desmesura informativa, las constantes noticias de ataques de claro signo ácrata y; paralelamente, también las malas noticias de acciones represivas con desalojos y cierres de bibliotecas y centros anarquistas y un sinnúmero de compañeros y compañeras presas y, lamentablemente, compañeros caídos en acción –tanto en el plano continental como país por país–; todas estas manifestaciones, indiscutiblemente, dan buena cuenta del despertar anárquico latinoamericano y, sobre todo, de la excelente salud que gozamos.

El auge y declive del *anarquismo de “inserción”* en los movimientos sociales, dio paso a la inmediata radicalización de la lucha anárquica, abandonando los desvaríos que, una vez más, nos habían alejado significativamente de nuestros fines, imponiéndonos un sinfín de agendas ajenas –el neozapatismo, el fraude electoral y demás pirotecnia recuperadora, son ejemplos fehacientes en el caso de la región mexicana– y; de la mano de este salto cualitativo, se promovería la reafirmación de los grupos de afinidad como unidad mínima organizativa apta para el desarrollo de la contestación contemporánea. Luego, se materializarían las “*coordinaciones informales*” como aglutinante de los núcleos de afinidad y soporte vertebral de la **Tendencia Informal Anárquica**, conformándose un nuevo modelo de organización y acción acorde a la especificidad de cada país.

El anarquismo latinoamericano, como producto social e histórico ubicado en el punto de cruce en el que interactúan todas estas condiciones sociales, políticas y económicas que hemos mencionado y; confluyen determinados modos de pensar, de sentir y de actuar, comienza entonces a recobrar su brío subversivo y su talante destructor impulsando un conjunto de luchas de que se desarrollan y cobran fuerza cotidianamente; ratificando su configuración abierta, tan cambiante como las condiciones de posibilidad que están en la raíz de sus alzas y bajas.

Chile y México, son dos caras de la sedición anárquica en nuestros días. Argentina, Bolivia, Colombia, Perú y Uruguay, ya presentan claros síntomas de “*contagio*”. **Comienza a**

concretarse otro modo de pensar y otra manera de actuar al interior de nuestras tiendas.

La toma del placer, mediante la emancipación del gozo y la liberación de las pasiones, ha convertido en pretérito las contaminaciones y dislates que nos colocaban en aquel radio de acción ajeno a nuestros principios y fines: a la retaguardia de los proyectos políticos destinados a la toma del poder. La libertad se reafirma como el único camino y se erige como crítica radical del Poder y vía sustancialmente opuesta al “*etapismo*” y al concepto de “*transición*”. La implantación del “*hombre nuevo*”, tan promovida por marxianos-leninistas, neoplataformistas y hasta por anarcosindicalistas, ha sido frustrada por la sedición perpetua de hombres y mujeres libres que se conquistan a sí mismos todos los días a través de la autogestión de las luchas y la secesión de la dominación.

Nuestra práctica, de ahora en más, habrá de ubicarse decisivamente en la ilegalidad cotidiana y la extra-institucionalidad; rompiendo con la falsa dicotomía “*destrucción*” Vs. “*creación*” en privilegio de la esencia anárquica de la “*destrucción creadora*” de Bakunin y las formulaciones malatestianas en torno a la insurrección y la violencia necesaria. **La acción directa y la solidaridad hoy son el resumen teórico-práctico irrepetible de nuestras vidas.** Es así, como hemos dejado de **ser** anarquistas en abstracto para **estar** anarquistas en plenitud, llevando a la práctica nuestra teoría, extendiendo la reyerta permanente contra todo lo existente. Viviendo la Anarquía hasta las últimas consecuencias. ¡Gracias!

Gustavo Rodríguez

* Charla realizada en el **Centro Social Okupado “Casa Naranja”**, Tlalnepantla, estado de México. 23 de noviembre de 2011. (Transcripción: **Algunxs Anarquistas Solidarixs**)



olfi



andstreicher.

Juguemos ferozmente: ¡Nuestras vidas están en juego!

(La práctica anarquista como juego subversivo)

Cuando topé con las ideas anarquistas a finales de los años setenta, principios de la década del ochenta, era común que se hablara de *juego subversivo*, bajo la influencia de la *Internacional Situacionista* y los mejores aspectos de la contracultura. Definitivamente, hay mucho que bosquejar pensando nuestra práctica en estos términos. En particular, considero que asumir la práctica anárquica como un juego subversivo es una frondosa manera de comprender los objetivos, principios y metodologías anarquistas como la base del desarrollo de nuestras estrategias y tácticas.

Lo que distingue al anarquismo de las demás concepciones que proponen un cambio radical, es que los anarquistas generalmente consideran que sus ideas deben ser llevadas a la práctica de inmediato como un objetivo a realizar a escala global. A pesar de que ciertos anarquistas optan por convertir nuestra perspectiva en mera política, la idea de vivir la Anarquía de inmediato dota a los anarquistas de una trascendencia que va más allá de la exigua perspectiva política y le abre a todos los aspectos de la vida.

Estos aspectos del anarquismo son, precisamente, lo que convierte a la práctica anárquica en un juego. Permítanme explicarme: Un juego, puede ser descrito como la forma de alcanzar un objetivo particular utilizando solamente los medios que respondan a los criterios aceptados por los participantes en razón del placer que experimentan, incluso en detrimento de la eficacia. El objetivo de la práctica anarquista es hacer realidad un mundo libre de dominación, sin Estado, sin economía y sin una miríada de instituciones que modelan nuestra existencia. Desde luego, no pretendo poseer la “fórmula” para llegar a ello del mejor modo posible. Desde el punto de vista anarquista, todavía no se ha registrado ninguna revolución exitosa y tampoco tenemos ningún modelo de eficacia. Pero, podemos estar convencidos que no alcanzaremos este objetivo por el *sentido del deber* ni motivados por *razones morales*, sino tras una reflexión integral sobre lo que deseamos de inmediato para nuestra vida, los cálculos mezquinos de la eficacia no son prioritarios para nosotros. Por mi parte, prefiero alcanzar un mundo libre de dominación disfrutando el inmediato placer que me provoca retomar la vida en mis manos y desafiar el orden social que busca controlarnos y destruirnos.

Es precisamente aquí donde intervienen los “*principios*” anarquistas (las reglas del juego). El rechazo a elegir a “nuestros” jefes, a aprobar leyes y ordenanzas, a sentarnos a la mesa de negociaciones con el enemigo, etc., se asienta en el deseo de reapropiarnos de

nuestra vida aquí y ahora y de jugar este juego que nos resulta tan placentero. Hemos aceptado ciertos criterios, es decir, hemos elegido unas “reglas”, no por *sentido del deber moral* ni porqué sean el mejor medio para lograr nuestros fines, sino simplemente por el placer que nos proporcionan.

Ante esta reflexión, nos será mucho más fácil comprender por qué, en el terreno donde el compromiso juega un papel mucho más decisivo (la supervivencia en un mundo dominado por las relaciones económicas constantemente en oposición a la plenitud de la vida) siempre elegiremos cualquier medio para asegurar nuestra supervivencia.

¿Cómo podemos jugar? Haciendo lo que nos imponga la necesidad en estas situaciones (trabajar, robar, escudriñar, etc.) pero sólo temporalmente, con el fin de conservar la capacidad de reapropiarnos de nuestras vidas y combatir por el mundo que queremos y continuar desafiando sus abusos. De hecho, uno de los aspectos de la práctica del *juego subversivo* es revertir los abusos de este mundo. Llegados a este punto, me parece necesario hacer una distinción entre el “*ilegal*” y el anarquista que está jugando el juego de la subversión. Evidentemente, todo anarquista es “ilegal”, puesto que rechaza la idea de determinar sus acciones en el marco de la ley. Sin embargo, muchos “ilegales” no juegan el juego de la subversión. Están más ocupados en sacar del juego a las fuerzas del orden sin buscar destruirlas. En cambio, para el anarquista revolucionario “ilegalista”, ese juego inmediato sólo es una pequeña parte de un juego mucho más vasto. En realidad, le apuesta a mucho más que a cometer un simple delito. Se está apañando su vida para poder apañar el mundo.

Entonces, el juego combina el objetivo de destruir el orden dominante y crear un mundo libre de dominación, con el deseo de apañarnos nuestras vidas aquí y ahora, creando todo lo que queramos en nuestros propios términos. Así, nos dirigimos hacia estos fines a través de una metodología práctica y de los medios que reflejan nuestro deseo de vivir inmediatamente según nuestros ideales. Esta metodología podemos representarla de manera esquemática en cuatro puntos básicos:

1. **Acción directa:** la acción de actuar por nosotros mismos para obtener lo que queremos, en lugar de delegar nuestra actuación en representantes;
2. **Autonomía:** rechazo absoluto a confiar la toma de decisiones en cualquier ente organizado; concebir la organización únicamente como el medio de coordinación de acciones, proyectos o conflictos específico;
3. **Conflicto permanente:** la lucha constante por alcanzar nuestros objetivos sin compromisos;
4. **Ataque:** ninguna mediación, pacificación ni sacrificio; no limitarnos jamás a la simple defensa o a las posiciones de resistencia, aspirar siempre a la destrucción del enemigo.

Esta metodología refleja nuestro objetivo final y el deseo de llevar a la práctica inmediatamente nuestros principios anarquistas revolucionarios.

Pero si consideramos esta práctica como un juego, también debemos de comprender de qué se trata el juego. No nos referimos al acostumbrado juego en el que dos (o varios) oponentes luchan por alcanzar un mismo objetivo. En un juego de este tipo podría haber lugar para el compromiso y la negociación. Por el contrario, el juego subversivo que proponemos es un conflicto por alcanzar dos objetivos diametralmente opuestos: el del dominador y el de los que queremos poner fin a toda dominación. Finalmente, la única manera de triunfar en este juego es destruyendo completamente al adversario. Es por eso que no puede existir lugar para el compromiso y la negociación, especialmente, para los anarquistas que enfrentamos la dominación, siempre en posición desigual, por lo que cualquier compromiso o negociación aseguraría la derrota de antemano.

Los objetivos, principios y la metodología, así como el conocimiento de la naturaleza de la batalla a librar, caracterizan el juego revolucionario anarquista. Como en todo juego, será sobre estas bases que desarrollaremos nuestra estrategia y nuestras tácticas. Sin estas bases, cualquier discurso sobre táctica y estrategia, es pura verborrea. Sólo podremos hablar de táctica en el contexto específico de la toma de decisiones sobre los movimientos que vamos hacer en un momento dado, mientras que de la estrategia podemos hablar de manera más general.

La estrategia es todo lo concerniente a cómo vamos a lograrlo, es decir, la elección de los medios que nos permitirán alcanzar los fines; pero, debemos de estar conscientes de ciertos factores. Ante todo, ¿conocer la realidad del contexto donde intentamos alcanzar nuestros objetivos? ¿qué relación existe entre estos objetivos y el contexto? ¿de qué medios disponemos para alcanzar dichos objetivos? ¿con qué complicidades contamos para esta empresa? Todas estas cuestiones tienen un interés particular para los anarquistas para quienes el objetivo (erradicar toda forma de dominación) no se sitúa en un futuro lejano. No nos interesa ser buenos cristianos y sacrificarnos para las futuras generaciones. Queremos disfrutar en el transcurso de nuestra vida y en el desempeño de la lucha contra el orden establecido. Por lo tanto, tenemos que analizar todas estas cuestiones bajo esa doble catadura.

La cuestión del contexto implica un análisis global detallado, es decir, un análisis de la naturaleza de las instituciones en juego, de las tendencias que se desarrollan y de los eventuales puntos de debilidad que puedan conducir a la ruptura del orden dominante. También hemos de examinar nuestras condiciones de vida cotidiana, nuestras relaciones y puntos de encuentro (voluntarios o no), nuestro escenario inmediato, nuestros proyectos a corto plazo, etc.

Las relaciones entre el porqué luchamos y las condiciones generales del orden social se basan en el conflicto total. Puesto que nuestros esfuerzos —no sólo por destruir la dominación sino, además, al rebelarnos frente a ella en nuestra vida cotidiana—, nos convierte en enemigos del orden. Este conflicto, está profundamente enraizado en nuestra vida cotidiana por las diversas actividades que nos imponen las reglas de supervivencia más que la propia vida. Este conflicto es el punto esencial en la selección de nuestra estrategia.

Puesto que una buena parte de nuestros objetivos son la inmediata reapropiación de

nuestra vida, nuestros métodos de acción deben dejarlo reflejado. Dicho de otro modo, todos los métodos que impliquen el abandono del control de nuestras vidas (por ejemplo, optar por la vía electoral) constituyen de antemano una derrota. Es necesario hacer una distinción entre los métodos que representan el abandono del control de nuestras vidas (votar, acudir a la justicia, exigir mejoras, realizar peticiones, negociar con el enemigo) y los que son compatibles con la reapropiación de nuestra vida y el desarrollo de la lucha contra las instituciones de dominación (por ejemplo, el trabajo temporal y recurrir a ciertas maniobras que nos permiten el acceso a diferentes recursos, informaciones y capacidades, útiles a nuestra empresa subversiva).

No importa quienes sean nuestros cómplices –ya sean anarquistas críticos consientes o no–, desde el momento que emplean los mismos medios que nosotros contra todo lo que les domina y les oprime, mientras recurran a métodos mediante los cuales tomen el control de su vida y desarrollen desde esta óptica su propia lucha, serán nuestros cómplices. Nuestra complicidad será un hecho mientras utilicen estos medios y cesará en el momento en que renuncien a su autonomía o pacten con sus amos.

Sentadas estas bases, he aquí algunos temas para debatir sobre estrategia:

Sobrevivir versus la plenitud de la vida- Las estrategias destinadas al crecimiento permanentemente de la preeminencia de vida sobre la supervivencia, a realizar nuestros proyectos y satisfacer nuestros deseos, deben definir concluyentemente como comportarnos de cara a la supervivencia; por ejemplo, cuando uno se ve obligado a tomar un empleo para subsistir puede aprovechar la ocasión para perjudicar al trabajo como institución y a la economía mediante el robo, la redistribución de productos o el sabotaje; se puede aprovechar también para obtener de manera gratuita experiencias útiles para nuestros proyectos; es necesario que consideremos siempre el trabajo como un medio temporal al servicio de nuestros fines y estar conscientes de abandonarlo en el momento que queramos.

La solidaridad- Ésta se presenta con dos semblantes: 1.) Hay muchas explosiones sociales que parcialmente se producen por el deseo de recuperar la vida y de destruir la dominación; en esos momentos, muchos de los métodos descritos con anterioridad, son puestos en práctica pero sin una consciencia totalmente crítica de los participantes. ¿Cómo podemos establecer una conexión entre nuestra lucha consciente contra el orden establecido y estas explosiones contestatarias, de manera que encaje con nuestros objetivos, principios y metodología? Desde el momento en que el evangelismo y los “líderes morales” se oponen a estas prácticas y principios, transformándonos en los peones de una causa que intentamos promover, necesitamos pensar en términos de complicidad y de franqueza. 2.) Llegará el momento que el enemigo capture a algunos de nuestros compañeros y les encierre. Lamentablemente, tenemos el hábito, cuando ocurren estas situaciones, de movernos en el marco del apoyo, el trabajo social y la caridad. Considero que esta actuación es un error enorme en relación con nuestros principios y deseos. Sin menospreciar la necesidad de

constituir fondos para la defensa y mantener estrecha comunicación con los encarcelados, nuestra principal razón debe centrarse en buscar la manera de voltear esta situación contra el orden dominante. Las acciones anticarcelarias del grupo francés *Os Cangaceiros* (1985-1992), nos proporcionan algunos insumos que nos permiten reflexionar sobre todo esto.

Pequeñas rupturas cotidianas- Todos los días se producen sucesos que provocan en pequeña escala la ruptura temporal del orden social. ¿Cómo podemos aprovechar estas pequeñas rupturas de manera subversiva contra el orden dominante para exponer la realidad de esta sociedad y abrir otras posibilidades? ¿Cómo podemos crear estas rupturas encaminadas a minar la resignación y la aceptación de la normalidad?

Grandes rupturas- Los desastres, los motines, los alzamientos locales o regionales, causan rupturas que pueden evidenciar muchas cosas sobre el orden dominante y empujar a la gente al camino de la autogestión, provocando el rechazo temporal del orden moral de esta sociedad. ¿Cómo podemos aprovechar estas situaciones? ¿Qué podemos hacer para extender la consciencia y el rechazo al orden moral más allá del momento presente? ¿Cómo podemos desenmascarar a los diversos políticos y burócratas (partidos políticos, líderes sindicales, militantes y activistas) sin terminar siendo unos parásitos de la misma calaña?

Ahí, tenemos un vasto y desafiante juego frente a nosotros, un juego que considero que puede transformar nuestra vida en algo maravilloso. Un juego que tenemos que jugar ferozmente, porque es nuestra vida lo que está en juego. No hay garantías ni método infalible para triunfar. Pero, para cada uno de nosotros, en tanto individuos, existen muchas maneras infalibles de perder; es decir, la renuncia y la resignación ante lo que nos impone el orden dominante.

Entonces, **¿quién está listo para jugar?**

Wolfi Landstreicher

Green Anarchy N° 23, pág. 12-13, verano/otoño de 2006



olfi



andstreicher.

Una crítica, no un programa: por una crítica no-primitivista contra la civilización.

«Así el anarquista individualista, como digo, no tiene nada que esperar (...) Yo ya me considero un anarquista y no podría esperar a la revolución colectiva para rebelarme o al comunismo para obtener mi libertad».

Renzo Novatore

«Concibo al anarquismo desde el punto de la destrucción. En esto es en lo que consiste su lógica aristocrática ¡Destrucción! ahí está la belleza real del anarquismo. Quiero destruir todas las cosas que me esclavizan, que me enervan y reprimen mis deseos, quiero dejarlas tras de mí como cadáveres. Remordimientos, escrúpulos, consciencia, son cosas que mi espíritu iconoclasta ha destruido (...) Sí, la negación iconoclasta es mucho más práctica».

Armando Diluvi

En primer lugar, no hay nada inherentemente *primitivista* en una crítica de la civilización, particularmente, si esta crítica es anarquista y revolucionaria. Tales críticas han existido siempre, casi desde los albores mismos de un movimiento anarquista –autoconsciente– y no han estado necesariamente conectadas a una crítica a la tecnología o el progreso (Por ejemplo, Dejac consideraba que ciertos desarrollos tecnológicos permitirían que los seres humanos pudieran avanzar fácilmente más allá de la civilización; en contraparte, Enrico Arrigoni, alias Frank Brand, advirtió en la civilización y la tecnología industrial bloques que impedían el verdadero progreso humano). La infalible pregunta, en mi opinión, es si el *primitivismo* realmente representa alguna ayuda a la crítica anarquista y revolucionaria a la civilización.

El vocablo *primitivismo* puede significar dos cosas bastante disímiles. En primer lugar, simplemente puede referirse al empleo de lo que conocemos sobre las sociedades “primitivas”¹¹

¹¹ El empleo del término “*primitivo*” –que significa “primero” o “anterior”– para referirnos a las sociedades que han existido y existen en nuestro tiempo sin desarrollar “civilización” acarrea ciertos supuestos cuestionables. ¿Cómo puede llamársele “primeras” o “anteriores” a sociedades que existen en la actualidad? ¿Aparecieron justo ahora de la

para formular una crítica a la civilización. Esta forma de *primitivismo* nos parece relativamente inofensiva. Pero ¿lo es realmente? Dejando a un lado la crítica obvia a la dependencia que esto genera en esos *expertos* llamados antropólogos para acceder a la información sobre las sociedades “*primitivas*”, existe otro problema. Las sociedades que actualmente llamamos “*primitivas*”, fueron y, son –donde hoy continúan existiendo–, relaciones activas entre humanos reales, vivos, que siguen respirando, individuos que prosiguen desarrollando sus interacciones con el mundo que les rodea. El sólo hecho de concebirlas como *modelo* de comparación implica una cosificación de estas relaciones vívidas, transformándolas en algo completamente abstracto –“*primitivo*–”, una imagen idealizada de “*primitividad*”. De tal forma, la utilización de este método para criticar la civilización deshumaniza y desindividualiza a las personas reales que viven o han vivido a partir de este tipo de relaciones. Además, este arquetipo crítico no nos ofrece ninguna herramienta efectiva al momento de imaginarnos la manera de combatir la civilización aquí y ahora. A lo sumo, esta concepción abstracta, reificada de lo “*primitivo*”, se convierte en una suerte de modelo, de programa a implementar en una posible sociedad futura.

Este análisis, me lleva al segundo significado del vocablo *primitivismo* –la idea de que la sociedad “*primitiva*” nos ofrece un modelo de sociedad para el futuro. Los adherentes a esta forma de *primitivismo* pueden ser denominados consecuentemente *primitivistas*, porque, aunque muchos de ellos lo nieguen, están promoviendo un *Programa* y una *ideología*. Por lo que considero que el autodenominado *primitivismo* está en conflicto con la práctica y la teoría anárquicas. La razón de esta conclusión podemos encontrarla en la cita de Novatore que hemos compartido al comienzo de este texto. Basta con sustituir “*comunismo*” por “*primitivismo*” y, “*revolución colectiva*” por “*colapso industrial*” y todo nos quedará bastante claro. Desde mi perspectiva, una de las diferencias más importantes entre marxismo y anarquismo, es que este último no es esencialmente una visión escatológica del futuro que esperamos, sino un vía para enfrentar al mundo aquí y ahora. De tal forma, la revolución para los anarquistas no es una consecuencia que esté garantizada para el futuro gracias al proceso histórico sino algo que debemos vivir y crear, aquí y ahora. El *primitivismo* no es más vivible ahora que el *comunismo* de los marxistas. Igualmente se reduce a un *Programa* para el futuro, un *Programa* que depende de contingencias que están mucho más allá de lo que pueda llevarse a cabo. Por lo tanto, tiene más que ver con la escatología de Marx que con la práctica anarquista.

He señalado como el concepto mismo de “*primitivo*” cosifica las vidas y las relaciones reales de aquellos que se etiquetan bajo este rótulo. Esto se manifiesta en los *primitivistas* que tratan de poner en práctica en la actualidad su ideología de la manera en que ésta práctica ha sido definida. De una forma exageradamente reminiscente del marxismo, la vida “*primitiva*” es reducida a la necesidad económica, al empleo de un conjunto de habilidades –hacer fuego frotando dos piedras, cazar con un átlatl, aprender cuáles son las plantas silvestres comestibles y medicinales, hacer un arco, construir refugios simples, etc., etc.– que hay que aprender para

nada? En un mundo que está en constante flujo ¿han podido permanecer estáticas e inmutables? ¿El desarrollo humano únicamente puede ocurrir de un sólo modo –como desarrollo de la civilización? Además, ¿cuál de estas sociedades es genuinamente “*primitiva*”? Ciertamente, no todas son iguales ni siquiera similares. La homogeneidad es un rasgo de la civilización, no de estas otras realidades societales. Así que ponerlas a todas bajo una única etiqueta es más que ridículo... Por eso, prefiero emplear la palabra “*primitivo*” entre comillas.

poder sobrevivir. Naturalmente, todo esto podemos condimentado con una pizca de *espiritualidad originaria* tomada de algún libro a la sazón o pedírsela prestada a toda la mierda *New Age* y cocinar el retorno a la *“unidad natural”*. Pero esto último no es necesariamente imprescindible. La totalidad de la vida de las personas que se etiquetan como *“primitivas”* es ignorada, ya que en gran parte es desconocida y completamente inaccesible para todos los que nacieron y se criaron en la civilización capitalista industrial que domina el mundo contemporáneo –y eso, incluye a quienes nos hemos involucrado en el desarrollo de una crítica anarquista a la civilización. Pero incluso, si sólo tomáramos en cuenta el aumento de las habilidades de supervivencia, el hecho es que, inclusive en lugares como Estados Unidos y Canadá, donde aún se cuenta con extensas áreas verdaderamente silvestres (aunque bastante deterioradas), muy pocas personas podrían realmente sobrevivir de esta manera. De este modo, todos aquellos que aprenden estas habilidades de supervivencia con la idea de vivir realmente como *“primitivos”* el resto de sus vidas, no están pensando en la destrucción de la civilización (excepto, como un hecho futuro probable; acontecimiento para el que ellos creen estar preparados), sino que optan por escapar de ella. Desde luego, no les cuestiono su elección pero, definitivamente, no tiene nada que ver con la Anarquía o con la crítica antiautoritaria a la civilización. A nivel práctico, todo esto nos parece más una manera algo ingeniosa de *“jugar al Indio”*, como muchos de nosotros en los EE.UU. hicimos alguna vez cuando éramos niños y, en realidad, se lo toman muy en serio. Casi todas las personas que conozco que han asumido el desarrollo de estas habilidades *“primitivas”* bajo el sugestivo nombre de *“anarco-primitivismo”*, nos muestran cuán listos están para una vida *“primitiva”*, sobre todo, por la cantidad de tiempo que gastan frente a sus computadoras montando páginas *web*, participando en eternas discusiones en Internet, publicando blogs, etc., etc. Frecuentemente, parecen más niños *hiper-civilizados* divirtiéndose con creativos *juegos de rol* en los bosques y montañas que anarquistas en proceso de descivilizarse.

Una crítica anarquista y revolucionaria a la civilización no puede construirse a partir de ninguna comparación con otras sociedades ni en base a un pretendido futuro ideal. Se forja desde mi confrontación, desde tu confrontación, con la realidad inmediata que afecta nuestras vidas aquí y ahora. En el reconocimiento de que la totalidad de las relaciones sociales que conforman lo que llamamos civilización sólo pueden existir robándonos nuestras vidas y reduciéndolas a piezas que el orden dominante puede usar a sus antojos para su propia reproducción. Y esto, no es un proceso que se realizó de una vez y para siempre en el pasado lejano, sino algo que constantemente ocurre, que sucede a cada momento. Aquí es el momento en que la forma anarquista de concebir la vida entra en juego. A cada instante necesitamos intentar recuperar la totalidad de nuestra vida para empuñarla contra la totalidad de la civilización. Como afirma Armando Diluvi, nuestro anarquismo es esencialmente destructivo y como tal no requiere modelos ni programas, incluyendo aquellos que se dicen anarquistas como el *primitivismo*. Como dijo el desaparecido viejo barbón del anarquismo clásico: *“La pasión por la destrucción es también una pasión creadora”*. Y esta pasión puede ser puesta en práctica inmediatamente. (Otro gran revolucionario anti-autoritario, una o dos generaciones después, llamó destrucción apasionada *“al modo de entender la alegría de inmediato”*).

Habiendo planteado esto, quiero aclarar que no estoy en contra de imaginar *bromas* sobre posibles mundos *descivilizados*. Pero para que estas *imaginaciones* sean realmente divertidas y tengan un verdadero potencial experimental, no pueden reducirse a modelos elaborados a partir de concepciones abstractas de las sociedades pasadas o futuras. De hecho, en mi opinión, lo mejor sería dejar atrás el concepto de “*sociedad*” y pensar, más bien, en términos de un cambio perpetuo, entretejiendo relaciones entre individuos únicos deseosos. Por tanto, sólo podemos jugar y experimentar ahora, donde nuestro deseo (por lo aparentemente “imposible”) se topa con la realidad que nos rodea. Si la civilización llegara a ser desmantelada durante nuestras vidas, no estaríamos frente a un mundo de bosques frondosos, llanuras y desiertos sanos, llenos de abundante vida silvestre. En lugar de esto, nos enfrentaríamos a un mundo repleto de escombros de la civilización –edificios abandonados, herramientas, basura, etc., etc.–¹² Las *imaginaciones* que no estén atadas a la moral ideológica *primitivista* podrían hallar muchas formas de emplear, explorar y jugar con todo esto –las posibilidades son casi infinitas. Pero lo que es mucho más importante, es que esta es una posibilidad inmediata que puede ser expresamente conectada con el ataque destructivo contra la civilización. Y esta inmediatez es definitivamente esencial, porque, yo estoy viviendo ahora, tú estás viviendo ahora, no dentro de cientos de años, cuando se cumpla el anhelado *programa* del ideal *primitivista*, capaz de crear un mundo donde este ideal pueda realizarse globalmente – si los primitivistas tienen **su** revolución y cumplen su *programa*. Afortunadamente, ningún primitivista parece estar dispuesto a respaldar tales medidas revolucionarias autoritarias, prefiriendo depositar su confianza en una especie de transformación cuasi-mística por la que alcanzarán su sueño (quizás, como la visión espiritualista nativa americana que a través de la danza de los espíritus, se suponía que sería arrasado el paisaje impuesto por los invasores europeos dando paso a un paisaje prístino, salvaje, lleno de abundante vida)¹³.

Por esta razón, podría resultar un poco injusto llamar *Programa* a la visión *primitivista* (aunque, desde que abandoné los valores burgueses, me importa una mierda ser injusto). Quizás, porque se trata más de un anhelo. Cuando traigo a colación algunas de estas interrogantes con algunos conocidos que se asumen *primitivistas*, ellos frecuentemente argumentan que la visión *primitivista* refleja sus “deseos”. Bien, yo tengo un concepto muy diferente de *deseo* del que ellos tienen. Los “deseos” basados en imágenes abstractas y cosificadas –en este caso la imagen de lo “*primitivo*”– son los *fantasmas del deseo*¹⁴ que

¹² Me refiero específicamente a un desmantelamiento consciente, anarquista y revolucionario, de la civilización y no a su colapso. Un colapso podría no ser un evento inmediato, de una vez y para siempre. En el proceso de un colapso, no nos encontraríamos sólo con las ruinas de la civilización, nos enfrentaríamos también con toda su basura humana sobreviviente, en forma de políticos convertidos en señores de la guerra con el objetivo de mantener su poder, en posesión de armas extremadamente peligrosas –las llamadas “*armas de destrucción masiva*”– que usarían probablemente con saña. Los efectos del proceso de colapso serían devastadores, más allá de cualquier cosa que hayamos visto hasta ahora.

¹³ Esta idea del *futuro primitivo* es muy similar a la de la *revolución proletaria anarcosindicalista* a la vieja usanza y lo que deriva de ella, que igualmente muchos *primitivos* critican –y se burlan– ferozmente, no queriendo ver que lo que ellos alucinan es comparable, siempre he pensado que son escenarios iguales con diferente trasfondo ideológico y programa definido. (NDTM).

¹⁴ El poeta William Blake, nos habla de los “fantasmas del deseo” en *El matrimonio del cielo y el infierno*.

empujan al consumo de mercancías. Esto queda explícitamente manifiesto entre algunos *primitivistas*, no sólo por el consumo de libros de varios teóricos del *primitivismo*, sino por el dinero y/o el tiempo de trabajo gastado en adquirir las llamadas habilidades “*primitivas*” en escuelas especializadas en este tema.¹⁵ Pero este *fantasma del deseo*, este anhelo por una imagen que no tiene conexión alguna con la realidad, no es un deseo verdadero, porque el objeto de *deseo* verdadero no es una imagen abstracta sobre la que uno se enfoca –una imagen que se puede comprar–; sino que se descubre a través de la actividad y las relaciones con el mundo aquí y ahora. El *deseo*, como lo concibo, es de hecho el dispositivo de actuar, de relacionarse, de crear. En este sentido, su objeto sólo llega a materializarse en el cumplimiento del *deseo*, en su realización. Esto nuevamente apunta hacia la necesidad de inmediatez. Y sólo en este sentido es que el *deseo* se convierte en enemigo de la civilización en que vivimos; la existencia de la civilización se basa en el intento de cosificar todas las relaciones y actividades, de transformarlas en cosas que están por encima nuestro y nos definen, nos identifican, nos institucionalizan y nos mercantilizan. Así, el *deseo*, más como dispositivo que como anhelo, actúa de inmediato atacando todo lo que impide su movimiento con fuerza. Descubre sus objetos en el mundo que le rodea, no como una algo abstracto sino como relaciones activas. Por eso tiene que atacar las relaciones institucionalizadas que congelan toda actividad convirtiéndola en rutina, en protocolo, en costumbre y en hábito –en cosas para realizarse en orden. Considerando todo lo anterior en términos de actividades concretas (ocupar, expropiar, usar nuestro tiempo de trabajo para sí, hacer graffitis, etc., etc.) puede ser significativo y relacionarse con una accionar más explícitamente destructivo.

En última instancia, si imaginamos demoler la civilización, destruirla activa y conscientemente, no para instituir un *Programa* o realizar una visión específica, sino para abrir y expandir hasta el infinito las posibilidades de realización y exploración de nuestras capacidades y deseos, entonces, podemos empezar a hacerlo ahora mismo contra el orden existente de la manera en que vivimos. Si en lugar de depositar las esperanzas en el paraíso nos aferramos a la vida, a la alegría y al asombro, aquí y ahora, estaremos viviendo una auténtica crítica anárquica a la civilización que no tiene nada que ver con ninguna imagen abstracta de lo “*primitivo*” sino que, más bien, se entronca con nuestra inmediata necesidad de dejar de ser domesticados, con nuestra apremiante necesidad de ser únicos, en vez de continuar siendo identidades definidas, domadas y controladas. Siempre hallaremos los senderos para aferrarnos a todo lo que podamos hacer por nuestra cuenta y destruir todo lo que intenta conquistarnos.

Wolfi Landstreicher

Invierno, 2007

¹⁵ Estas escuelas, con altísimos costos de matrícula, permiten la asistencia de aquellos que no tienen recursos a cambio de trabajo no remunerado, una forma más de explotación eufemísticamente denominada “*intercambio de trabajo*”, un término inventado por el ala izquierda del *new-age* –una carga de mierda diseñada para encubrir relaciones de explotación.

La presente edición **La insurrección anárquica del siglo XXI**, se terminó de imprimir el 20 de octubre de 2013, siendo su tiraje de 2000 ejemplares más sobrantes para reposición.

